

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

CUARTO TRIMESTRE DE 1949

SUMARIO:

ALBERT CAMUS: *PREFACIO A LA ESPAÑA LIBRE* ¶ JAMES ALDRIDGE: *EL INTERROGATORIO* ¶ GONZALEZ VERA: *CASA DE REMATES* ¶ JUVENCIO VALLE: *AGUA PROFUNDA* SERGIO ATRIA: *UNA HISTORIA DE SABUESOS* ¶ EDMUND WILSON: *POE CRITICO LITERARIO* ¶ RODOLFO MONDOLFO: *SPINOZA Y LA NOCION DEL PROGRESO HUMANO* ¶ LEOPOLDO ZEA: *JUSTIFICACION DE UNA TAREA* ¶ ENRIQUE ESPINOZA: *DEL IDIOMA Y LA RAZA*

SANTIAGO **52** DE CHILE

Colección del Olívaz



En esta bellísima Colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, lea:

SEM TOB DE CARRION

PROVERBIOS MORALES

120 ej. numerados, en papel Shadow-mould Laurel, en rústica: \$ 300.—

30 ej. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 700.—

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO

LA OBRA MÁS REPRESENTATIVA DEL GENIO AMERICANO
SEGÚN EMERSON:

HENRY DAVID THOREAU

Desobediencia Civil

EN UNA CUIDADA TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL POR

Ernesto Montenegro

Edición del centenario, única en nuestro idioma, limitada a cien ejemplares numerados, impresos en papel de tina y con las características de pulcritud tipográfica que destacan las publicaciones de

B a b e l

Precio: \$ 300 (en prensa)

EN LA MISMA COLECCIÓN DEL PEDERNAL:

Manifiesto Comunista

Precio: \$ 500 (por agotarse)

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO XI

52

VOL. XII

SANTIAGO DE CHILE

LA HISTORIA DE ESPAÑA
DESDE HACE MIL AÑOS, ES
LA HISTORIA DE LA ABDI-
CACIÓN DE TODA LIBERTAD
EN HOMENAJE AL CATOLI-
CISMO Y A LA MONARQUÍA.

FRANCISCO BILBAO.

Albert Camus

PREFACIO A LA ESPAÑA LIBRE *

NUEVE años ya que los hombres de mi generación llevan a España en el corazón. Nueve años que la llevan como una herida enconada. Por ella conocieron, primera vez, el gusto de la derrota, descubriendo con sorpresa de la que apenas se han repuesto, que se puede tener razón y ser vencido; que la fuerza es capaz de someter al espíritu y que hay casos en los que de nada sirve el coraje.

Esto explica sin duda por qué tantos hombres han sentido en el mundo el drama español como una tragedia personal. Algunos comprendieron por cierto que esa batalla era la primera de una guerra para la cual ni nuestras cualidades ni nuestros defectos eran suficientes. Pero aun aquellos en los que no moraba el don de la profecía se dieron cuenta, no obstante, que esta guerra era su guerra, en cuanto era la de la libertad. Pues en efecto, se trataba de una guerra de la libertad. Nos lo enseñaba la prensa, hasta cuando se trataba de una prensa de mala voluntad. Así hay cosas de las que hoy no se habla ya, pero que fueron entonces historia fresca y sangrienta. Y nosotros, al menos, no olvidamos que la guerra civil española fué ante todo la rebelión de un general contra las instituciones democráticas que el pueblo se había dado libremente. Nosotros no olvidamos que ese general arrojó contra el pueblo de su país a las tropas moras en nombre de Cristo y a las legiones ítalo-alemanas bajo la invocación de la santa España.

En la indignación que, en 1936, llenó nuestros corazones no prevenidos, sin embargo, existía el sentimiento de que una gran injusticia acababa de cometerse, que esta debía desaparecer rápidamente si no se quería dejarla en el flanco de Europa como una llaga en creciente podredumbre. Pero la injusticia debía por lo mismo recibir el premio que obtiene de antiguo en la tierra. Las agencias publicaban simultáneamente los comunicados victoriosos de las escuadrillas italianas y los del comité de no intervención.

La república española erguida en su derecho, vaciló en su fuerza y con la cólera tras el dolor que nos produjo, dió naci-

* Escrito en 1945 para *L'Espagne libre*. Calmann-Levy, editeurs. No hay traducción española todavía.

miento en nosotros a ese asombro angustiado que no nos ha abandonado en tantos años ante el espectáculo de una injusticia que poco a poco alcanzaba la desmesurada escala de la historia y que fué sancionada a la vez por la derrota de un pueblo y la cobardía del mundo. Ese mundo que persevera en ella, pues continúa llamando legal lo establecido mientras nosotros seguimos, aunque en vano, llamando legal lo consentido.

Entre todas las razones con que la guerra de España nos obsesionaba, muchas amenguaron sin duda. La crueldad de aquella lucha nos parece hoy casi natural después de cinco años de crueldades indecibles. Pero queda, es claro, la pasión de un pueblo y el espectáculo de una injusticia jamás reparada. Se han suspendido las hostilidades, las tinieblas de la dictadura están disipándose, y continuamos llevando a España en el corazón. En el extremo del continente una zona nocturna nos recuerda todavía las razones de esta guerra y nuestro error al creerla terminada, equivocación idéntica a la de hace nueve años cuando no la creíamos empezada.

*

Pero el coraje vencido, la injusticia consagrada por la historia son lugares comunes en este mundo. Y quizá en lo que concierne a España nuestra indignación sería menos poderosa si nuestra conciencia fuera mejor. ¿Cómo puede ser de otro modo, si no podemos olvidar que no es sólo Franco quien debe responder de algunos asesinatos que han sublevado lo que queda de conciencia europea? La muerte de Federico García Lorca nos parece así, en nuestra imaginación, menos insoportable que otras. En aquel momento entrábamos en un tiempo en que a cada hombre libre le era dado pensar razonablemente que podía encontrarse de pronto ante los fusiles de un pelotón semejante. Estamos aún en ese tiempo y es natural que cada hombre libre se prepare justamente o por lo menos tenga en cuenta esta eventualidad en el cálculo de sus riesgos y convicciones. La muerte de Lorca estaba en el orden, en el torpe orden en que vivimos desde entonces. La ejecución de Granada anunciaba a los hombres el comienzo de una época tremenda, es decir, un tiempo en que los poetas podían ser fusilados por aquellos a quienes contradicen con su existencia. Por lo menos fuimos algunos los que lo tomamos así y nos preparamos para ello en lugar de lamentarnos. Pero hay motivos para creer que no estábamos bastante preparados. Pues

nos fué preciso ir más lejos aun, tomar parte en los asesinatos y ver morir, en tierra francesa, a Antonio Machado, al salir de un campo de concentración (también tuvimos esos campos). De Machado, cuando menos, y Europa medirá un día la grandeza de este hombre, nosotros somos responsables, como de todos los suyos que una parte de nuestra prensa insultó mientras nuestro gobierno republicano los concentraba en medio de odiosos gendarmes. Pocos años más tarde, un paso más en el oprobio, entregamos a Companys a Franco para ser ejecutado en frío. (Claro que fué Vichy, no nosotros... Pero no se nos quita la idea de que una nación es solidaria de sus traidores, tanto como de sus héroes, o no es solidaria de nada). ¿Cómo olvidarlo? Todo esto ha coloreado de rojo y negro un rostro, el de España, que llevaremos ya en nosotros, pero del que no podemos curarnos.

*

Por eso, desde la caída de Barcelona, hay algo como una ausencia, un vacío, una espera en nosotros. En este mundo que llaman liberado se halla un país al que volvemos los ojos obstinadamente pues nos habla de injusticia y remordimiento. Quisiéramos la paz, mas nos la rehusa. ¿Pero estaría nuestro corazón tan inquieto si esta tierra esclavizada no fuera al mismo tiempo la de toda pasión y toda grandeza? Sin duda, me guían razones personales en la elección. España es mi segunda patria por la sangre. Y en esta mezquina Europa, en este París donde se tiene de la pasión una idea tan irrisoria, es la mitad de mi sangre que rumia su exilio desde hace siete años, la que aspira a recobrar la única tierra con la que siento afinidad, el único país del mundo en el que se sabe unir dentro de una exigencia superior el amor y la desesperación de la vida. Pero no es sólo una reacción personal la que dirige esta esperanza de una España libre. Toda la inteligencia europea se vuelve asimismo hacia España como sintiendo que esa tierra miserable detenta algunos secretos reales que Europa busca desesperadamente formular, a través de todo un tren de guerras, revoluciones, epopeyas mecánicas y aventuras espirituales. ¿Qué será, en efecto, de la prestigiosa Europa sin la pobre España? ¿Qué ha inventado ella de más conmovedor que esta luz poderosa y magnífica del verano español, en el que se casan los extremos, donde la pasión puede ser gozosa lo mismo que ascética, donde la muerte es una razón de vivir,

donde se pone gravedad en el baile, indiferencia en el sacrificio, donde nadie sabe la frontera entre el sueño y la vida, la comedia y la verdad? Las síntesis, las fórmulas que se empeña en descubrir el Occidente, España las produce a sus anchas. Pero no puede brindarlas fuera del esfuerzo de las insurrecciones, la terrible respiración de su libertad. Patria de los rebeldes*, sus obras más grandes son gritos hacia lo imposible. En cada una de ellas el mundo es acusado y al mismo tiempo glorificado.

*

Europa, el mundo, en lo que les hace falta inventar, no pueden, en verdad, prescindir más tiempo de España. Pero Europa y el mundo prescinden sin embargo de España en tal forma que no hay cómo asombrarse. Es así. Y nada aparentemente sirve de nada, tanto como el testimonio del hombre libre. La indignación será eterna. Lo sabemos ahora. Desde hace doce años tanto padre Ubu se ha levantado, del que hemos empezado por reírnos; pero que acabó por poner al servicio de sus mediocres locuras irresistibles fuerzas mecánicas. Y estos padres Ubus fueron amos demasiado tiempo como para que a su caída los hombres continuaran engeñecidos. Hay que creerlo, a lo menos, puesto que dejamos al último de ellos seguir su marcha en el país de Cervantes. Desde hace siete años lo grotesco es el único producto español que puede allí manifestarse. Y nosotros que sabemos sin embargo lo que, cuando hay una policía, importa lo grotesco, aguantomos que siga torturando al pueblo de la rebelión y que haga girar sobre una España silenciosa los molinos de viento de la estupidez y de la crueldad. Y no sólo aguantomos a los grotescos sino que suscribimos con ellos tratados comerciales. Porque Francia tiene hambre y el honor es poca cosa cuando se puede obtener algunas naranjas. El incesante olor de esas naranjas se juntará al recuerdo de Machado y de Companys. Tanto peor si acaba por vencernos el corazón.

¿Por qué enojarse? Los realistas aseguran que aquello no nos atañe, que hay que dejar a las gentes arreglar sus asuntos y que finalmente no nos hemos batido por España sino contra Alemania. La democracia, a lo que parece, consiste en no

* El único país donde la anarquía ha podido constituirse en partido poderoso y organizado. *Nota del autor.*

ocuparse del prójimo. Pero nosotros hemos comprendido que la democracia no tiene fronteras. Menospreciada en un lugar, es amenazada en todos. Y sabemos mejor que los realistas por qué hemos luchado. Nos hemos batido para que los hombres libres puedan mirarse sin ninguna vergüenza, para que cada hombre se encargue de su propia felicidad y sea su propio juez sin sobrellevar el peso aplastador de la humillación de los otros. ¿Qué hombre puede hoy decirse o sentirse libre mientras esa tierra de libertad siga entregada a lo arbitrario? Cada vez que un hombre libre es cargado de cadenas en el mundo somos todos nosotros encadenados. La libertad debe ser para todos o para nadie. Es la única fórmula de la democracia que vale la pena.

He aquí al menos en las páginas que siguen, el testimonio de algunos hombres que sienten esa restricción que les impide ser libres. Es la obra de los que no han firmado los tratados comerciales y que continuarán privándose de naranjas. Sin duda su testimonio es simbólico. No puede ser otra cosa. Pero en este mundo sin memoria es bueno que algunos se mantengan leales. Ayudarán quizá un día a hacer perdonar aquello, que a pesar de la cólera de su corazón, no han podido impedir.

★

EL INTERROGATORIO (1)

LOS FUNCIONARIOS políticos estaban sentados detrás de una mesa en medio de la calle acordonada cuando Wolfe pasó en un *jeep*. Iba al cuartel de la Policía Militar para dejar su equipaje. Allí se enteró de que acababan de detener a uno de los italianos que habían disparado. Wolfe subió la cuesta y se encontró de nuevo en la calle acordonada. Se acercó al P. M. inglés en el extremo de la calle y le mostró sus credenciales. Se sentó en un umbral detrás de los funcionarios políticos; uno era inglés, el otro, norteamericano. A ambos lados de la calle había italianos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, de pie o sentadas en el suelo.

Frente a los funcionarios políticos, sentado en un banco, Wolfe vió a Fabiano — así que han pescado a Fabiano. En la mesa abatible Wolfe vió la pistola automática — así que también encontraron la pistola automática.

—Esto no es un proceso —, dijo el funcionario inglés en un italiano estrictamente gramatical. —Sólo debemos decidir si le entregamos a un consejo de guerra aliado o a un tribunal civil italiano.

—¿A un tribunal fascista?

—No.

—¿Y qué otro tribunal hay aquí?

—Será establecido un tribunal nuevo.

—¿Por quién?

—Por nosotros.

—¿Según qué leyes?—Fabiano le preguntó como un niño.

—No se preocupe de eso.

—La cuestión es que usted ha matado a cuatro hombres,—dijo el norteamericano. Wolfe observó que su italiano era genuino. Sonaba muy bien: *che avete ucciso*.

—He matado a dos,—dijo Fabiano modestamente.

—Hay quien afirma que fueron cuatro.

—*Coup de grâce*.—Fabiano se rebajaba a sí mismo.

—De todos modos,—dijo el inglés—a Wolfe le parecía un maestro de escuela,—ha matado usted a cuatro hombres.

(1) Episodio de la novela *Of Many Men*, durante la ocupación anglo-americana de Italia.

—Fascistas,—dijo Fabiano.

—Puede ser,—dijo el norteamericano. Debía de ser un ítalo-americano de segunda generación, pensó Wolfe. —Pero nosotros no estamos aquí para decidir si fué justo o injusto,—dijo el norteamericano con benevolencia.

—¿Y para qué están aquí?—Fabiano, con su raído abrigo de *tweed* sobre las rodillas, se sentía cómodo y no parecía nada asustado.

—No se trata de esto,—dijo el inglés.

—Dispensen, *signori*.—dijo Fabiano amigablemente con paciencia. —Precisamente se trata de esto. He matado a dos hombres. Ustedes me detienen para mandarme a otra parte. No acabo de entenderlo puesto que esos dos hombres eran fascistas. Todo está en orden. Por eso no entiendo por qué estoy delante de ustedes ni por qué mi pistola está encima de su mesa.

—Estamos aquí—dijo el norteamericano—porque ha matado usted a cuatro...

—Dos.

—A cuatro o a dos hombres.

—De acuerdo,—dijo Fabiano. —No hay nada de malo en ello. Cualquiera le dirá que he matado a dos hombres. Dos fascistas. ¿Por qué estoy aquí?

—Déjeme explicarle,—dijo el inglés en su lengua al norteamericano. Habló en italiano: —Necesitamos orden en nuestra retaguardia. No está bien que ustedes se estén matando unos a otros sin distingos. No está bien para ustedes ni bien para nosotros. Tenemos que procurar que haya orden.

—¿Si?—A Fabiano le sonaba esto a incompleto. Esperaba todavía la explicación.

—De modo que está usted aquí porque ha matado a dos hombres. Necesitamos orden.

—Comprendo.—Fabiano se inclinó ahora. —Ustedes creen que he matado a dos hombres cualesquiera.—Se rió del malentendido. —No, dijo. —Eran funcionarios del partido. No he matado a nadie sin distingos. He escogido a los hombres más importantes. Hemos estado aguardando largo tiempo. Ahora comprenden ustedes como es la cosa.

—No depende de nosotros el decidir si ha obrado usted bien o mal,—dijo el norteamericano.

—Pero si no hay duda posible.—Fabiano hablaba como a punto de estallar.

—¿Quiénes eran los otros dos que estaban con usted?— le preguntó el inglés.

Fabiano pasó ahora a la defensiva. —¿Qué quieren saber de ellos?

—¿Le han ayudado a usted?

—Sí.

—¿Quiénes eran?

Fabiano miró a su alrededor. Wolfe no creyó que estuviera buscando a Zacco y a Profili. Observaba al pueblo para ver cómo reaccionaba.

—No sé quienes eran los otros dos,—dijo.

—Padre Arsegno,—exclamó el norteamericano.

Wolfe vió a un sacerdote, un hombre largo y delgado, de vestimenta larga y negra y con un sombrero de ala enrollada. Salió de entre la gente. Se acercó a la mesa y se colocó de espaldas a Fabiano.

—¿Cuántos hombres le vió matar?—le preguntó el inglés.

—Cuatro,—dijo el cura.

—*Coup de grâce*,—dijo Fabiano en voz alta.

—¿Vió disparar a alguien más?

—Sí. A otros dos.

—¿Cómo se llaman los otros?

—Profili y Zacco.

—¿Les conoce?—preguntó el norteamericano a Fabiano.

Fabiano sacudió la cabeza.

—¿Les conoce él?—ahora preguntaban al cura.

—Sí,—dijo el cura,—se han criado juntos.

—¿Sabe usted dónde están?—preguntó el inglés a Fabiano.

Fabiano volvió a sacudir la cabeza. Alisaba su abrigo y miraba la larga espalda del cura. Wolfe no pudo acordarse de haber visto al cura durante el tiroteo. Debería haber estado en alguna parte cerca.

—¿Cómo ocurrió aquéllo?—preguntó el inglés.

—Uno de ellos yacía muerto en la calle cuando yo llegué—dijo el sacerdote.—Le mató Fabiano. Los demás fueron muertos por los tres cuando salían de la casa con las manos levantadas.

—¿Está usted seguro de que llevaban las manos levantadas?—preguntó el inglés.

—Sí.

—¿Les mató usted mientras tenían las manos en alto? preguntaron a Fabiano.

—¿Qué más da?—preguntó éste.

—¿Por qué no dice usted quiénes fueron los otros dos?— El norteamericano hablaba con atarabidad.

—¿No se lo ha dicho el cura?

—¿Confiesa usted conocer a los otros dos?

—No confieso nada. Ustedes parecen creerle al cura.—

Fabiano hablaba ahora con desprecio y con ira creciente. —Más vale que hablen de eso con él. Ahora le corre prisa de decir quién ha matado a los fascistas. No me acuerdo de que este *ariotto*, el holgazán éste, se mostrara tan valiente delante de un tribunal fascista. Durante cinco años ha sido amigo de ellos. Cualquiera se lo confirmará. No me acuerdo de que se haya quejado cuando los fascistas nos mataban a nosotros.

—No puedo aprobar el asesinato directo.—El cura no se volvió y evitaba mirar a Fabiano.

—¿Y puede aprobar el asesinato indirecto cuando lo han cometido sus amigos políticos?

—No soy un político,—dijo el sacerdote.

—Usted ha ayudado a los fascistas a mantenerse,—dijo Fabiano con furia.—Eso es política. No les ha hecho resistencia, ¿no es cierto?

—Basta,—dijo el inglés.

—Basta ¿qué?—Fabiano se levantó y dió un paso hacia la mesa.

—No estamos aquí para decidir,—dijo el norteamericano.

—Ustedes deciden sobre mí,—dijo Fabiano furioso. Ustedes deciden si debo comparecer ante un consejo de guerra o ante los fascistas. ¿Qué gente son ustedes? ¿Para qué están aquí? ¿A quién representan?

—Representamos el Gobierno Militar Aliado,—dijo el inglés con seriedad.

—Y ¿cuál es vuestro propósito?

A los dos funcionarios políticos no les gustaba que Fabiano gritase. Callaban.

—Díganme para qué están aquí,—Fabiano les hablaba a voces.

—Usted sabe para qué estamos aquí,—dijo el norteamericano con cautela.

—No sé para qué están aquí,—respondió Fabiano. —Yo creí que los grandes norteamericanos e ingleses llegarían aquí para matar a los fascistas. ¿No luchan ustedes contra ellos? Pero primero le dicen *ben venuto* al mariscal Badoglio. Des-

pués nos están preparando a reverenciar a Umberto, el hijo del pelele. Y ahora nos condenan porque matamos a los fascistas. ¿Para qué están aquí?

Estamos aquí para impedir los excesos,—dijo el inglés. Fabiano escupió a los zapatos negros del cura, cubiertos de polvo.—¿Es un exceso cuando se mata a un fascista?

—Usted no puede matar a la gente sin más ni más, ¿entiende?—el inglés estaba de nuevo amistoso.

—Pero si le estoy diciendo que no lo he hecho sin más ni más,—gritó Fabiano. Escogí a los importantes. ¿Es que no lo entiende usted? Eran fascistas. ¿Qué otra cosa puede hacerse con ellos sino matarles? Son gentes que hay que matar. Nos han matado a nosotros. Han hecho todo esto. Ustedes dicen que es un exceso el matarles. Pero ¿no entienden ustedes lo que ha pasado en este país?

—Lo entiendo,—dijo el norteamericano. — Pero, vea usted, Fabiano, todo tiene que hacerse al derecho. Usted ha empleado exactamente los mismos métodos que los fascistas. Ha esperado en la calle para matar a un adversario político. Ha aplicado el sistema del asesinato. Estamos tratando ahora de implantar la ley de justicia democrática, no la ley del asesinato. Si dejásemos que las cosas siguiesen por este camino, habría anarquía en Italia.

—¿Qué otra justicia hay para los fascistas sino la muerte?

—Puede que sea así,—dijo el norteamericano. —Pero tiene que hacerse como es debido.

—Lo hice como era debido.—dijo Fabiano completamente fuera de sí. —Les he pegado un tiro.

—Eso es más de lo que un individuo tiene derecho a hacer. Tiene que aplicarle la justicia correcta. No es cosa de un individuo como usted el decidir quién es un delincuente y después pegarle un tiro.

—¿Y quién debe decidirlo?

—Vuestros tribunales.

—Tribunales fascistas,—repitió Fabiano.

—Vais a tener tribunales nuevos.

—¿Qué tienen que ver con que yo mate a los fascistas?

—El tribunal procesará a los fascistas.

—¿Qué proceso necesitan?—Fabiano por poco lloraba de desesperación. —Sabemos todo de ellos. Sabemos lo que han hecho. Sabemos lo que van a hacer si les dejáis con vida. No sabéis nada de estas gentes. No son como vuestra gente en Inglaterra y en Norteamérica. No son gente de fiar. ¿No

podéis reconocerlo? Nosotros sabemos que nos estaban matando. Por eso les matamos. ¿No es esto correcto?

—No es tan sencillo,—dijo el inglés con impaciencia.

—Es muy sencillo. Para nosotros, que hemos vivido durante diez años con los fascistas, es una decisión muy sencilla. Para ustedes que nos están mirando desde arriba y de afuera, puede que no sea tan sencillo. Pero para nosotros la decisión es muy sencilla. Les pegamos un tiro.

—Habéis obrado brutalmente,—dijo el cura.

—Nunca he sido tan brutal como este *monsignore*,—dijo Fabiano al norteamericano. —Este *monsignore* ha estado viendo cómo los fascistas nos estaban arruinando y asesinando y nunca les tuvo rencor ni les opuso resistencia. Nunca ha ayudado a aquéllos que luchaban contra los fascistas. Les ha dejado hacer, ha estado viendo sus fechorías, y ha estado colaborando con ellos en este pueblo. ¿Qué brutal tiene que ser un hombre para estar viendo las crueldades de los fascistas y dejarles hacer! ¡Figúrense a un hombre que puede estar viendo tales cosas y no se vuelve ciego de cólera para destruir y matar a los fascistas! Yo soy hombre piadoso, *signori*. Pero este *monsignore* no lo es. Todo hombre que ha tolerado y bendecido a los fascistas es un hombre sin sentimientos y de espíritu cínico. ¿Quién es brutal? ¿Lo es él o lo soy yo, que les he matado?

—Dios decidirá y castigará a aquél que obra mal,—dijo el cura.

—Mejor me ocupo yo de esto,—dijo Fabiano golpeándose el pecho.

—En todo caso el asunto tiene que pasar a los tribunales,—dijo el inglés.

—¿Por qué tiene que pasar a los tribunales?—Fabiano puso la mano en la mesa y el inglés retiró la pistola.—¿Ordenan ustedes a sus soldados que no maten al enemigo sino que le tomen prisionero y le juzguen más tarde? No... Nosotros estamos a vuestro lado. No esperamos a que el enemigo caiga prisionero primero. Le matamos.

—Usted les ha matado cuando se entregaban,—dijo el norteamericano.

—Tenían las manos en alto,—dijo el inglés.

—No eran simples soldados, gritó Fabiano.—Eran *assassini* en regla, asesinos responsables. O ¿no lo eran?—se dirigió al pueblo en la calle. Nadie le respondió. La gente estaba de pie o sentada y se miraba les puntas de sus zapatos. —¿Qué pasa?

—les gritó Fabiano. —El partido ya no os domina más. ¿De qué tenéis miedo?

El pueblo no dijo nada.

—Vean ustedes,—dijo Fabiano al inglés y al norteamericano. —Inspirásteis a este pueblo miedo de vosotros. Ahora creen que es peligroso decir nada contra los fascistas porque, fíjate en lo que le pasa a Fabiano porque es antifascista. ¿No lo creen ustedes?— De nuevo se volvió hacia la gente.

Nadie dijo una palabra.

—¿Cómo quieren ustedes obtener la ayuda de esta gente contra los fascistas cuando nos llevan a los tribunales porque matamos a los fascistas? ¿Lo entienden ahora? ¡Fíjense en ellos! Tenéis que desacostumbrarlos de tener miedo. De tener miedo de decir lo que piensan. Ahora les metísteis miedo de nuevo.

—Vamos a establecer un procedimiento democrático y entonces podrán decir lo que quieran y cuanto quieran. Pero no pueden matar a la gente así como así.

Fabiano hablaba ahora al aire. —¿Por qué, dijo,—no mandan a personas que entienden algo? Hablan como abogados y actúan como imbéciles.—Les miró y habló con mucha lentitud. —No basta con hablar italiano,—dijo. —Váyanse a su casa y aprendan algo acerca de Italia y de Europa. Váyanse, quédense allá. No salísteis todavía de los pañales. ¿Creen ustedes que pueden venir aquí con sus simples ideas de democracia y legalidad y levantar este país de nuevo? ¿Creen que pueden aplicar la democracia primero contra los fascistas y después contra el pueblo? La democracia simple y legal no basta. Primero tenemos que tener nuestra venganza. Después tenemos que aniquilar la estructura física del fascismo. Y después tenemos que empezarlo todo de nuevo, sin susceptibilidad alguna. Sin tolerancia con los enemigos y sin perdón y sin intervención de nadie. ¿Cómo creen ustedes, lograron los fascistas llegar al poder? Lo consiguieron gracias a la inepticia y el legalismo de una democracia de papel. Y esto es lo que nos quieren devolver, según dicen. Y esto lo tenemos que aceptar de ustedes. ¿Para qué? Para empollar en otros diez años una nueva generación de fascistas. Váyanse a su casa.—dijo. —Váyanse a su casa y déjenos decidir sobre nuestra justicia propia y nuestras propias medidas.

—Usted se olvida de que los soldados ingleses y norteamericanos están liberando a Italia,—dijo el norteamericano. Ahora él también estaba furioso. Los dos estaban furiosos.

—Ustedes mismos se olvidan de ella,—dijo Fabiano. —Ustedes no entienden por qué sus propios hombres están muriendo. Ustedes están despilfarrando lo que ellos hacen. Yo estoy al lado de ellos. Yo mato a los fascistas. ¿No es lo que ellos deben hacer? Pronto vais a formar juicios a vuestros propios soldados cuando maten a los alemanes.

Fabiano gritaba y golpeaba la mesa.

—No tiene sentido seguir así,—dijo el inglés.

—¿Confiesa usted haber matado a dos?—preguntó el norteamericano a Fabiano para poner fin al interrogatorio.

—Sí.

—¿No quiere decir quiénes son los otros?

—No,—gritó éste. ¿Soy idiota acaso? ¿Debo decírselo para que les detengan? Están en alguna parte matando a los fascistas. ¿Debo ayudarles a ustedes para que se lo impidan?

Los dos funcionarios políticos hablaron en inglés entre ellos. Ordenaron al cura que se retirase. Volvió junto al muro de la calle. El sol daba ahora en este lado.

—Le mandaremos a Nápoles,—dijo el inglés a Fabiano. Será interrogado por las autoridades militares.

Fabiano rió.

El norteamericano llamó a los P. M. Un P. M. inglés y uno norteamericano se pusieron al lado de Fabiano. —Llévenle de vuelta al cuartel,—les ordenó el norteamericano en inglés.

—Vigílenle bien,—dijo el inglés.

—Sí, *sir*,—dijeron los P. M.

—Esto es todo,—dijo el norteamericano a Fabiano. —El sargento de los *carabinieri* se ocupará de usted.—Señaló al *carabiniere* medio oculto en un portal. Era el mismo *carabiniere* que pasó por la calle durante el tiroteo. Fabiano le vió por primera vez y parecía profundamente ofendido. Agitó los brazos.

—Este es el colmo de vuestra idiotez,—dijo.

Se lo llevaron mitad en la sombra, mitad al sol. Miró a Wolfe cuando pasaban junto a él.

Wolfe dijo:—Adiós, Fabiano.

Fabiano hizo una última tentativa. Se paró, libró su brazo y dijo a Wolfe:

—¿No entiende usted? Los norteamericanos y los ingleses hacen falta aquí para matar a gentes como éste,—señaló al *carabiniere*,—no a hombres como yo.

—Lo sé,—dijo Wolfe.

—¿Por qué lo hacen, entonces?

—Por necios,—dijo Wolfe.

—Y ¿por qué no le ponéis fin a esto?

—Teneis que hacerlo vosotros mismos,—dijo Wolfe.

—Todo va a empezar de nuevo,—gritó Fabiano mientras le conducían. —En cinco, en diez años más vereis qué nuevos fascistas habéis creado. Vosotros mismos sois el comienzo,—les gritaba a los dos funcionarios políticos,—porque no sabéis lo que estáis haciendo.

Ahora doblaba ya la esquina. llevado a la calle principal. Wolfe miró a los dos funcionarios políticos. Se acababan de levantar y arreglaban sus papeles y actas. El inglés tomó la pistola de Fabiano y la metió en el bolsillo de su abrigo. Siguió al norteamericano del sol a la sombra, la larga calle abajo, frente a los dos edificios de cemento que Mussolini había construído firmes y duraderos.

Traducción de Mauricio Amster.



C A S A D E R E M A T E S

LOS DIARIOS traían dos columnas de avisitos que ofrecían trabajo a cocineras y mozos. La gente en ese tiempo vivía del milagro y no pocos podían pasársela sin trabajar.

Yo me guiaba por los avisos. Si al llegar a un establecimiento hallaba a otros postulantes, invadíame la compasión, achaque de pobre, y me iba sin competir. Ignoro por qué razón los demás parecieronme siempre más míseros y necesitados que yo.

Entré de mozo en una casa de remates. El primer día llegué a las ocho y tuí a la subasta de un almacén. Tuve que cuidar una de las puertas. Entraba y salía bastante gente. Cerca de la una de la tarde sentí una rara debilidad que fué haciéndose más intensa. Pensé que moriría en un momento y ví la cara afligida de mi madre. Con esfuerzo escribí mi nombre y domicilio para que supieran quién era, y con la tira de papel asida fuertemente me desvanecí. Quedé semidoblado sobre unos sacos de maíz. Estuve sin sentido un ligero instante. Luego sentí el grito del martillero:

—¿Quién da más? ¡Voy a adjudicar!

Nadie reparó en mi fatiga. Me repuse en seguida y todo me pareció interesante. Nos dieron una hora para almorzar. En la tarde pusiéronme a despachar boletos de compra. Uno era por ocho docenas de tazas y sus consiguientes platillos. Habíaselas adjudicado un comerciante alto, rosado, de barba colorina. Apenas las hube contado y comenzado a colocarlas en la cesta que trajo, me dijo:

—¡Echa más!

—La orden dice ocho docenas...—respondí.

El comerciante, fuera de envolverme en su mirada preñada de desprecio, estiró hacia mí su mano y me hizo una «tamaña» Luego se alejó. Años después lo ví asistir con su señora, y cuatro hijos que marchaban delante, a la misa dominguera de la Catedral. Me impresionó su aire digno y piadoso.

El remate significaba para mí un intenso trabajo durante tres días. Terminada la subasta, había que contar la mercadería y entregarla. Salvo los postores modestos, la mayoría de los concurrentes tenía expresión ávida.

Otro sujeto tan adorador de Mercurio como el barbado, propúsome le entregara mayor cantidad de objetos que los que adquiriera. Si yo en vez de chileno hubiese sido español, habría podido decirle:

—¡Qué sinvergüenza es usted!

Por timidez y por ser quitado de bulla me negué con un simple:

—¡No puedo!

—¿Acaso son tuyos?—me preguntó, desabrido.

—Si quiere consulto...

Clavó una venenosa mirada en mí y se alejó molestísimo.

Los restantes empleados eran tres: un joven vestido con decencia, moreno, delgado y afable, y dos peones que trabajaban bajo su dirección.

El martillero era un caballero gordo, rosado, cercano a los sesenta años, que desaparecía tan luego como el remate llegaba a término. Se iba al Club. Las demás operaciones quedaban a cargo de su suegro, anciano vigoroso y gruñón.

Cuando concluimos la entrega del almacén fuimos a inventariar una tienda. Tal vez se acostumbraba entonces dar al martillero la llave y dejar que éste estableciera la existencia.

El joven afable dió una ojeada al negocio y lo anduvo. Deteníase ante las vidrieras y observaba.

—¡Qué bonito es esto!—exclamó. Y púsose en el bolsillo, sin aspaviento, unas tijeras muy finas. Eligió varias chucherías. De seguro unas eran para su propio regalo y otras para una mujer. Detúvose junto a las carteras y escogió una muy sencilla, de piel de Rusia, rectangular, alargada, que guardó en el interior de su vestón.

Al reparar en mí, dijo:

—Hay que defenderse. Desde que entré a la casa gano sesenta pesos. Ocupo dos cuartos, pues vivo con una amiga, y pago treinta al mes. Por la comida doy ochenta. Tenemos que vestirnos y como somos jóvenes paseamos un poco, vamos al teatro. No falta en qué gastar y todo cuesta — Y dió un profundo suspiro.

Tomó un cuadernillo de papel de oficio. A continuación sacó punta a su lápiz y fué haciendo las primeras anotaciones. En la nómina enumeraba las piezas de seda y de otros géneros pero no el metraje. Los cartones de terciopelo se inscribían con la palabra lote. Asimismo procedió con los artículos de cuero. No se precisaban las unidades.

Ayudé en el inventario. En una división de la estantería, hallé un cortaplumas de hueso, usado, y lo cogí. Apenas me hube cerciorado de que nadie me vió, lo guardé en mi chaleco. Durante un rato sentí contento de poseerlo. No pasó una hora sin que me inspirara dudas mi acto expropiatorio. Quise consolarme con el ejemplo de mi jefe que se había guardado tantos objetos, la impunidad, y la circunstancia de que eran cosas ordinarias. Me dije que si lo reponía en el sitio que ocupó, otro se lo apropiaría. ¿Por qué no quedarme con el modesto cortaplumas? El hombrecillo que habita detrás de la frente, con todo lo pequeño que es, me amargó la mañana, y con gesto melancólico, porque me había caído en gracia, dejé el cortaplumas en donde lo encontrara. Me sentí aliviado pero no feliz. La honradez es un sacrificio.

El día de la subasta apenas cabían los comerciantes en la pequeña tienda. Llegó el momento de la entrega y el joven dependiente contaba. Yo hacía los paquetes o acomodaba mercadería en cestos. Después de un rato me causó extrañeza que mi jefe contara hasta doce—estaba con una pieza de terciopelo—y seguidamente retrocediera a siete para volver a la docena. Más sorprendido quedé al verificar que así contaba casi todas las cosas. Los compradores al retirarse, emocionados, le dejaban bajo la mano uno o dos billetes.

Sonriente el martillero dijo a uno:

—No me eche a perder a mi empleado...

—¡Que quiere usted! ¡Es tan servicial, tan rápido para hacer la entrega que se necesitaría tener la cara muy dura para no recompensar su celo! Además, usted sabe que cuando uno es comerciante aprecia el tiempo...

No duré en la casa de remates sino un mes. El suegro, cada vez que yo acertaba a mirarle, tenía sus lentes orientados hacía mí. No me decía palabra, pero su mirada no era de simpatía. Al final del mes me hizo una seña y cuando estuve al alcance de su voz, me espetó lo siguiente:

—No podemos conservarlo. Aquí, por lo menos, hay que poderse un saco de sal en el hombro. A usted lo ví temblar como un alambre con una carga de menos peso. Trate de criar fuerzas.

Me fuí sin pena.

Nunca olvidé la recomendación del viejo gruñón. Donde había que levantar o cargar algo, ayudaba. De tanto ejercitarme llegué a poseer una fortaleza más que mediana. Si uno no es idiota del todo puede olvidar los elogios, pero nunca

las objeciones. La fuerza, por lo demás es una bella cualidad y más aun si escapa a la observación ajena.

Al comerciante de las barbas colorinas, que tanto me impresionaron en la puerta de la iglesia, seguí viéndole. Era un hombre magnífico. Con su traje y casco de bombero parecía un rey. Adivinábase en él una vitalidad asombrosa. Siempre estaba contento, digno e inspirado. Era un hombre con gracia.

Frecuenté durante un año la asamblea de cierto partido y allí me lo encontré. Le quedaba tiempo para todo. Con emoción decía en su discurso, porque también sabía hablar, que sin honradez no puede existir una buena administración pública y que la patria está por sobre todo. No hubo persona que no le aplaudiera. Yo mismo tuve que hacerlo.



A G U A P R O F U N D A

*Tengo melancolía. Es silenciosa y tibia:
de claridad y hondura estoy herido.*

*Pienso en mi padre: es alto como el trigo,
fuerte como un David en la colina.*

*Pienso en mi madre: como un rosal es ella
(florece en mi corazón su rosalia);
cultiva flores y borda en su pañuelo
monogramas que tienen mi corazón asido.*

*En mis hermanas pienso. Así me digo:
berta rosa del alba, clara luz de este día,
susurradora estela, tránsito de mi vida:
todas en mi corazón están conmigo.*

*Mis hermanos son libres como el agua.
Van por la vida con su ardiente sino;
gustan palpar la tierra, oler la hierba,
y en vez del oro manejar el lirio.*

*Torno a mi infancia. Veo un campo abierto,
un alba en ciernes, un insinuado ritmo.
Vuelvo a mi infancia, siento un clima de oro:
todo un vivido mundo está conmigo.*

*Hacia adentro me miro: la belleza me duele,
que desde raíz a copa sufro y vivo.
Todo me toca en pleno, todo viene
a golpear en mi corazón: Estoy herido.*

UNA HISTORIA DE SABUESOS

I

SON LAS nueve de la noche. Acaba de sonar la campana que llama a comer y los huéspedes del hotel empiezan a bajar con percosos pasos. Tomás y yo, como siempre, somos los primeros en llegar al comedor de amplios ventanales, a cuyos pies se estrella el mar con potente y eterno retumbo. Debo advertir que Tomás es mi único amigo desde la muerte de mi padre y que es un perro. Metido entre mis piernas, espera sin impaciencia el instante en que pueda deslizarle un hueso o algún otro bocado de esos que los canes califican de sabrosos. Por el momento, a través de sus greñas, atisba el paso de los comensales con filosófico desinterés, porque ninguno es más poderoso que su amo ni es comestible, dos razones por las cuales le son indiferentes.

Por cierto, yo no participo de las ideas de mi amigo y observo el paso de la gente con una trucción apenas velada por mis párpados. Tengo para mí que nada hay más ameno ni fecundo en vislumbres psicológicas que este rebullir de los seres junto a nosotros, sean rústicos que conducen sus bueyes o damas encopetadas que guían a sus maridos. Por desgracia, como estamos en las postrimerías de la temporada, quedan en el hotel muy pocos ejemplares para esparcimiento de mi ojo y fiesta silenciosa de mi mente.

—Buenas noches, doctora.

Son mis vecinos de mesa, igualmente puntuales como yo. La Doctora Lugagne, luciendo su rolliza cara de manzana, llega precediendo a su marido, un hombrecito siempre de negro y siempre circunspecto y a su hija Cola, graciosa salvajita de cinco años, tostada por el sol, que opina como yo que mirar tiene más encanto que comer. Eso sí que ella lo hace sin recato.

Se acerca otro de mis vecinos de mesa:

—Buenas noches, señor Valdar.

El señor Valdar llega al frente de la tribu de sus hijos, tres mozos coloradotes, en estado silvestre aun, que sólo piensan en beber, devorar viandas y henchirse de energías que luego van a desperdiciar en las callejuelas del puerto.

Sucesivamente pasan Mrs. Walker, tocada con un encendido turbante más valioso que su cabeza, los esposos Nasson con su hija impecablemente fea, la viuda del general Quintañón con otra viejecilla que le sirve de auditora y de bastón, el señor Mariné, taciturno contador del hotel de quien se susurra en secreto que es jugador y naturalmente ya lo sabe hasta la ordeñadora del establo, excepto el aludido, la señora Dolci con su hija Azucena, una solteroncita que ha concluido por depositar en Dios sus últimas ilusiones y otras damas de menor cuantía, amén de los consabidos maridos sueltos que nunca faltan en estos parajes de recreo.

De pronto, cinco fox-terriers bajan trotando la escala, entre alegres ladridos y se desparraman por debajo de las mesas olfateando golosamente. Son los heraldos del dueño del hotel, don Juan Trouville, cuya gorda humanidad aparece en lo alto y luego empieza a descender, resoplando, apoyado en la baranda y en el brazo de su piadosa y sarmentosa mujer.

Circulan ya entre los comensales las garzonas repartiendo olorosa e hirviente sopa. El sordo abejo de las conversaciones se mezcla al tintín de los cubiertos y al cristalino repique de las copas. Un gratísimo vaho familiar se expande por el comedor y cada cual estima que el mundo está bien hecho y las cosas han sido sabiamente dispuestas.

Tomás, que ha visto pasar impertérrito sobre su naricilla negra fuentes humeantes, siente llegada la hora de compartir el optimismo general cuando mi mano, ducha en estas suertes, se escurre bajo el mantel y coloca atravesado en su hocico un hueso rico en grasa. Su acerado masticar suena en mi corazón como una música deliciosa.

De estas devociones me arranca el golpe dado en mi espalda con una silla. Me vuelvo y un señor rasurado, vestido a la inglesa, se inclina para decirme, subrayando las palabras con su pipa:

—Perdón, caballero, soy yo el torpe...

Su voz, sus ademanes son de miel. Además su sinceridad me cautiva.

Momentos después, el untuoso desconocido, sentado por iniciativa propia en mi mesa, descorchaba una botella de borjoña y brindaba por mi salud y la de Tomás, cuya presencia advirtió por el oído antes que por la vista. Yo no había sabido evadirme de tanta obsequiosidad y acepté con modestia ejemplar las libaciones en honor mío y de mi familiar.

—Usted no sospecha seguramente a qué obedece mi venida a este hotel—dijo mi anfitrión, bajando cautelosamente la voz.

—Imagino que habrá venido a gozar del mar y de la paz tónica de estos lugares.

—Es lo que conviene que crea todo el mundo; pero con usted no tengo reservas. Soy lo que se llama un sabueso y ando detrás de mi presa. Si, señor, me envía la Sección de Seguridad, siguiendo la pista de... pero antes de revelarle quién es mi personaje bebamos otra copa de este vinillo que parece embotellado en el cielo. ¡Salud! ¿Ha oído usted hablar de Dick y de sus hazañas?

Antes de que yo pudiera contestar que los delincuentes reconocidos por el Estado no constituían mi especialidad, mi locuaz interlocutor prosiguió con aire de triunfo:

—Se trata de un delincuente europeo, lo mejor que tenemos en plaza. Un experto en asaltos científicos de bancos, hoteles y cuanta institución respetable maneja dinero por montones.

—Veo que usted lo conoce como a la palma de su mano.

—No lo crea. Siento en el alma confesar que no lo conozco más que por vagas referencias y contradictorios dices. Nadie le ha visto, excepto naturalmente los que han tenido el privilegio de ser sus víctimas. Surge y desaparece como un fantasma y no se creería en su realidad carnal si las cajas de caudales y las joyas desaparecidas no dieran suficiente testimonio de su fugacísimo paso. Es un verdadero virtuoso, si usted me permite aplicar esta expresión a quien no conoce ni siquiera ligeramente la noble virtud. ¡Muchacha, otra botella de borgoña!

Escanciamos y bebimos con alegres chasquidos de lengua como convenía a un vino tan superior y a un ladrón tan excepcional.

—Bueno—dije, limpiándome los labios—¿y ese ser perfecto se encuentra aquí, en este insignificante hotel?

—¡Ah, señor mío, eso lo ignoro por el momento. Mis jefes sólo me han informado que Dick partió para este balneario y que algo debe tramarse ya que es correcto deducir que su venida acá debe ser ajena a los aires salutíferos de esta playa. ¡Otra copa de borgoña, señor!

Sendas copas rebosantes de vino color rubí pasaron por nuestras gargantas y pusieron una insoportable felicidad en nuestros pechos. Por momentos consideraba a mi amigo de-

tective casi tan genial como Dick. De súbito, una idea brillante pero absurda atravesó la dichosa humareda de mi mente. ¿Por qué este detective me confiaba así tan llanamente el secreto de su misión? ¿era un pobre diablo locuaz? ¿o era...? El chisporroteo cerebral que siguió a esta última sospecha se vió bruscamente cortado porque mi perro, convertido en un bolido erizado de ladridos, se desprendía de mis piernas tutelares y corría al centro de la sala. ¡Demontres! Montado en el carrusel de brindis, borgoña, Dick; brindis, borgoña, Dick, habíame olvidado de que a esta hora llegaba invariablemente, apoyado en sus muletas, el pobre señor Schovelin y que mi Tomás, pese a mis severas admoniciones, habíase obstinado en morder. Lo desorientaba, al parecer, el número desusado de pies de este inválido. Sin pérdida de tiempo, me abalancé a la siga de mi can tratando de disimular mi mortificación con una sonrisa estereotipada. Llegué en el instante justo en que mi incalificable Tomás mordía a guisa de sustituto, una de las muletas del trémulo señor Schovelin. Me deshice en excusas y volví a la mesa con mi perro bien asido del collar, sintiendo que me asaeteaban las miradas indignadas de todos los circunstantes.

Me senté y, muy confundido, espeté a mi amigo detective las siguientes consideraciones:

—Es evidente que la crueldad es un instinto deplorable. Pero sólo los animales lo ostentan con sinceridad. En los hombres vive agazapado en su interior y no sale más que bajo apariencias de estudio o de amor. ¿A qué ser humano no le gustaría poseer una fiera africana para su uso personal? Como no le es posible, se conforma con una profesión de presa como usted o con un perro como yo, que es un tigre al alcance de los niños.

Dije ésto, que ahora veo que es un despropósito, y me bebí de sopetón mi copa, sin esperar los inspirados brindis de mi compañero. Me sentía casi un truhán. El detective me pareció un tanto cambiado. Bebió en silencio y en seguida, sin honrarme con nuevas confianzas de su ladrón modelo, se puso a conversar desvaídamente de la gota y de otras afecciones de la gente de alcurnia. Finalmente, sin acabar su comida, se levantó y con un ¡buenas noches! en donde creí percibir todo el frío brumoso de afuera, se alejó fumando su pipa. Como en sueños advertí que mi amigo, visto de lejos, tenía un extraño parecido con Sherlock Holmes.

Esa noche no me acosté sin antes disertar frente a mi Tomás acerca de los buenos modales y de exhortarlo por última

vez a ser atento y medido con todos los hombres, cualquiera que fuera el número de sus pies.

II

Desperté tarde, con la cabeza dolorida y este malestar se me acentuó cuando recordé el lamentable encuentro entre Tomás y el señor Schovelin. Bajé al comedor llevando esta vez sujeto por una cadenilla al incorregible autor de mis desazones y me puse a almorzar, sin levantar los ojos. Esto no me impidió enterarme que el detective se acomodaba en mesa aparte y pronto sentí sobre mi nuca las bocanadas de su pipa, que me pareció apesosa. Cumplido este acto simple, pero elocuente, mi amigo de la víspera se paró de la mesa y salió con paso digno. De mis meditaciones, me sacó el regocijado palmotear de Cola, la salvajita de cinco años:

—¡Papá! ¡Mamá! Mira: un disfrazado viene para acá. Ahora son dos. ¡Qué linda va a estar la fiesta!

Este anuncio vocinglero y un súbito silencio que congeló la sala, me hicieron levantar la vista. Efectivamente, bajaban la escala dos señores vestidos de etiqueta como para un banquete de gala; sólo que su correcta indumentaria no armonizaba con los antifaces que les cubrían los ojos ni con las relucientes pistolas que empuñaban,

El que iba delante nos hizo una graciosa reverencia como si fuéramos duques. Tanta cortesía tendrá algún fin, barrunté para mis adentros. No me equivocaba. El caballero, que nos saludó con tanta desenvoltura, nos endilgó estas palabras subs-tanciosas:

—Señoras, señores: no hagan ningún movimiento de nerviosidad. Calma absoluta. Todo lo que deseo es que tengan la gentileza de colocar en manos de mi secretario sus carteras y sus joyas; hago excepción de los recuerdos de familia, porque soy el primero en respetarlos y porque usualmente son antiguallas de poco valor. Dénse prisa. Tengo el tiempo medido y ustedes tendrán la amabilidad de convenir en que para mí el tiempo es oro.

Este lenguaje tan mesurado nos satisfizo. Y las manos circulantes del secretario fueron atesorando carteras, sortijas, brazaletes. Mrs. Walker, mostrando su magnífico reloj ornado de diamantes, que rutilaba en su muñeca, arguyó:

—Es un recuerdo de familia. Me lo dejó mi papá...

El jefe le preguntó con suavidad:

—¿Cuál de ellos?

El relojito cayó furiosamente en manos del secretario.

El dueño del hotel hizo ademán de buscarse una cartera que sabía no portaba. El enmascarado lo contuvo con un gesto cordial:

—No se moleste don Juau. Ya hemos visitado su caja de fondos.

Al pasar frente a mí el secretario, me despojé con un suspiro de melancolía de mi cartera de trajinada piel de culebra en cuyo vientre estaba la desvanecida paz de mis vacaciones. En el segundo preciso en que mis bienes cambiaban de dueño, sentí un ligero tirón. Me incliné y lo que ví me heló la sangre. Tomás, sintiéndose libre de toda atadura humana, y, por lo tanto de compromisos, se lanzaba disparando ladridos entre las piernas de los pálidos huéspedes e iba a clavar sus colmillos de acero en la pantorrilla del mejor ladrón del mundo. Dick farfulló un juramento junto con un puntapié y mi perro salió rebotando escala abajo, lo que aproveché para capturarlo y llevármelo no sin dirigir antes una suplicante mirada de excusa al ofendido jefe.

La mordedura había tornado el humor de Dick:

—¡Rápido, Jack! ¿Quién falta en el comedor?

El tesorero avizoró con ojo de experto a los apiñados comensales y respondió:

—Faltan el tal Schovelin y el pesquisa.

—¡Tráemelos! No. Mejor iré yo. Justo es que adhieran a las dádivas que me ha hecho esta espléndida concurrencia. Espera aquí, Jack. Damas y caballeros, sólo un instante más y quedareis libres para proseguir vuestro almuerzo. ¡Que la vida os colme de bendiciones!

Desapareció con una reverencia tan graciosa como la anterior, aunque en este punto no están de acuerdo todas las opiniones. Minutos después llegaban al comedor el señor Schovelin con sus penosas muletas y el detective con su pipa sempiterna, que ahora emitía unas humildes volutas celestes. La aparición del baldado no me pilló esta vez de sorpresa y mi can debió reducirse a gruñir mientras le chispeaban los ojos bajo

las enmarañadas guedejas. El secretario avanzó hacia los recién llegados con un gesto significativo; pero el detective, con aspecto de campeón vencido, masculló:

—No insista. Ya Dick tiene en sus manos lo que llamó «mi óbolo personal». ¡Chistoso! Bien decía yo que era un tipo de genio.

—Yo puedo decir lo mismo, dijo con voz lastimera el señor Schovelin y nadie supo si el tono provenía de sus dolencias o de su óbolo.

—¡Pues entonces, al diablo todos ustedes! exclamó el secretario y, sin más miramientos, huyó.

¡Qué diferencia entre la distinción veneciana del gran Dick y las zafias maneras de su servidor!

Por los ventanales, a través de los cuales se veía el camino bordeado de pinos verdinegros y la llamarada azul del mar, divisamos pasar como un celaje al auto que se llevaba a los inopinados visitantes y nuestros tesoros.

III

Fué indescriptible la algarabía que siguió a esta visión postrera. Las mujeres chillaban enumerando las diversas piezas de valor que se vieron forzadas a entregar. Cada cual ensalzaba dolorosamente lo suyo. Muchas joyas subieron miles de pesos en pocos minutos. Los hombres, más realistas, sugerían eficacísimas soluciones para capturar a la banda; pero, como todas diferían entre sí, el acuerdo demoraba con ganancia para los fugitivos. Por lo visto, Dick era además avezado psicólogo.

—¡Corran al teléfono!—barbotaba don Juan Trouville, no sintiéndose aún con fuerzas bastantes para ir a mirar la soledad de su caja de caudales.—¡Telefoneen para que intercepten el camino!

Sordo a la baraúnda, el detective observaba meticulosamente con su lupa cada pulgada del terreno. A intervalos, emitía gruñidos de inteligencia y de su pipa salía un humazo como de tren en marcha. Esta especie de magia de la investigación, acabó por hipnotizar la mirada de todos y poco a poco nos reunimos en torno de él, ansiosos de oír de sus labios la palabra final.

—¡El teléfono! —gimió una vez más el barrigón señor Trouville.

—¡Chit!—murmuraron, coléricos, todos.—No perturbemos al profesional.

De pronto el profesional pareció satisfecho. Atascó su pipa, miró con misteriosa gravedad a los circunstantes y dijo:

—Estamos en presencia de un apasionante problema, señores. Como lo he repetido siempre, Dick es el ladrón más habilidoso que tenemos en el país. Pero, a pesar de su talento, ha necesitado para consumar su delito la ayuda de un cómplice introducido de antemano en este honrado establecimiento. Porque convengamos en que alguien debió suministrarle la lista de los pasajeros.

—No irá a deducir que se la proporcioné yo, —masculló dolorido el dueño del hotel.

—Ni yo,—dijo el contador, poniéndose rojo.

—¡Oh, nó! ¡Nó, caballeros! Pero puede haberla obtenido con malas artes un pasajero para su hábil director. No dispongo de hechos concretos para acusar a nadie; pero hay, en cambio, detalles insignificantes que son verdaderas luces en la obscuridad de una pesquisa. Existen, por ejemplo, individuos de honesta apariencia que un azar denuncia como poseedores de instintos perversos y que no sólo gozan con la crueldad sino que hacen su panegírico. Es por allí, señores, donde hay que buscar la hebra de la madeja.

Comprendí que la flecha envenenada iba dirigida en contra mía y sentí un calofrío de grillos en el puño. En realidad, era la cadena del perro que yo sostenía fuertemente para que no fuera a hacerme una nueva trastada. Me apreté a mi Tomasito como si ya hubiera sonado la hora triste de nuestra separación y caí en una sutil cavilación acerca de los sabuesos que, en forma perruna, son tan fieles y, en forma humana, son tan traicioneros.

Levanté la frente de improviso. Me zampé una copa de jerez que había olvidada en una mesa y grité, transfigurado:

—¡Yo sé donde está el ladrón!

—Está borracho,—susurró alguien piadosamente, porque a los ebrios se les trata con una dulzura que no es habitual usar con los temperantes.

—¿Dónde está? ¿dónde?—cacarearon algunas señoras para quienes un milagro es la cosa más natural del mundo.

—¡Está aquí en el hotel!—dije— Más aun, Dick se sienta en este instante entre nosotros. Sólo que usa un disfraz tan perfecto que....

Me detuve con intención y miré malignamente al detestado policía.

—¡Canalla! ¿Me va a cargar su culpa a mí? —preguntó el detective a los circunstantes, triturando casi su pipa entre los dientes.

Estaba irritadísimo.

—¡Oh, nó, señor sabueso. Usted es un inocente. Para la endemoniada caza de Dick usted trajo la lupa y se olvidó el majín. El ladrón es sencillamente el señor Schovelin.

—¿Yo?—balbuceó, sorprendido el inválido.—¿Yo que he sido desvalijado de cincuenta mil pesos? ¡Está loco, caballeros! Voces exaltadas restallaron en el ámbito:

—¡Absurdo!

—¡Está demente!

—¡Un enfermo que apenas mueve las piernas!

—¡Tendría gracia si no fuera estúpido!

—¡Fuera el papanatas!

Sin parar mientes en este fuego de artificio que encendió mi insólita acusación, me encaré con el afligido señor Schovelin:

—Mi perro mordió hace un instante a Dick. Muéstranos su pantorrilla y allí estarán escritas su inocencia o su culpabilidad.

El inválido, tembloroso de ira, se arremangó y exhibió su pantorrilla. Estaba sana.

—¡Nó; la otra!—exclamé, anheloso, jugándome la última carta.

Y, como él titubeara, yo mismo se la levanté con un brusco movimiento. ¡Sangraba con las huellas frescas de los colmillos de mi Tomás!

Sobre mi cabeza estalló un súbito remolino de cuerpos en lucha. Dick, al hacer amago de empuñar su pistola, había tropezado de nuevo con los dientes de mi perro y en la misma fracción de segundo el detective le saltaba encima, acogotándolo casi. Cogido entre los dos sabuesos, el maravilloso Dick optó por reconocer con lucidez que había perdido y así lo hizo presente en alta voz para evitar nuevas tribulaciones a las damas.

Me rodearon los comensales y pocas veces en el mundo un papanatas habíase convertido con tanta celeridad en un ser inteligente.

Rechacé los ditirambos que me llovían y dije con voz comedida:

—No soy yo quien se merece estas alabanzas sino mi Tomás. El siguió su propia pista y no lo engañó su instinto. Cierto es que su estrategia no es recomendable, señores. Acometió al ladrón armado dando muestras innegables de imprudencia. Los humanos somos más sensatos. Pero es que los hombres somos racionales y mi perro no lo es. Oigo hablar en torno mío de abrir una subscripción. Desechen, por favor, la idea, de premiar con dinero a mi perro como si fuera un hombre. Dénele un hueso con sabroso meollo y lo harán feliz. ¡Mi Tomás no es, a Dios gracias, un sabueso profesional!



POE, CRITICO LITERARIO

POR EL AÑO de su muerte, en 1849, Poe abrigaba la intención de publicar un libro sobre «Autores de América en prosa y verso». Había elaborado ya en alto grado el material de sus artículos y reseñaciones; y la colección de sus juicios críticos, publicada después de su muerte, por Griswold, participa del estilo periodístico de las crónicas teatrales de Bernard Shaw y del de una obra escogida y concentrada como *The Sacred Wood*, de Eliot.

Poe, crítico, tiene puntos de semejanza tanto con Shaw como con Eliot. Se ocupa libremente y con tesón de los libros que el azar pone en sus manos día a día, igual que Shaw de las obras de cada temporada, y en esa forma periodística consigue atraer la atención hasta sobre libros sin interés, porque, igual que Eliot insiste constantemente en la formulación de principios generales. Los artículos y ensayos literarios de Poe constituyen por cierto la obra crítica más notable que se ha producido en los Estados Unidos.

Henry James dijo que era «probablemente la más completa y exquisita especie de *provincialismo* preparada en cualquier época para edificación de los hombres.» Pero aunque Poe tiene su lote de provincialismo, como todos los escritores americanos de aquel período, lo que más nos sorprende hoy es su capacidad de sobrepasarlo. Intelectualmente planea más alto que cualquier otro escritor americano de su tiempo.

Junto al intento de retrenar la tendencia del americano al menosprecio o exageración del valor de su propia literatura, Poe combate desde la retaguardia la intilación de las notabilidades británicas y la injusticia de los ingleses respecto de los autores americanos. Empéñase además en una tercera batalla: romper el instinto monopolista de Nueva Inglaterra que, con cerrado exclusivismo, trataba de hacer a un lado a los sureños y neoyorkinos.

Poe aborda con realismo los problemas prácticos del escritor de su tiempo en los Estados Unidos—la cuestión de los derechos de autor, el crecimiento de las revistas locales y su influencia en la técnica literaria—; y también, en otro plano, tercia en el vasto desarrollo de la literatura occidental.

Merced a su amplio interés metodológico tiene ideas definidas sobre la técnica en los distintos campos de la literatura—novela, poesía, sátira, viajes, crítica. Y según el asunto que le preocupa, Poe puede ser irónico, elevado, analítico, etc. La prosa de sus artículos es tan tensa como la de sus cuentos; pero está despojada de la imaginación novelística para ser sólo exacta y concisa. Es la única prosa clásica de primer orden de aquel período. Su espíritu es como una lívida, si bien incandescente, flecha enclavada en distintas metas del panorama literario americano. Como el proyector del barco nocturno de Albany ilumina cada casa a lo largo del Hudson, haciéndonos contemplar lugares comunes que arranca de las tinieblas para darles relieve de intensidad espectral. Su don crítico logra que leamos ensayos sobre figuras insignificantes que brillan un instante ante nosotros para hundirse otra vez en el olvido. Captado el panorama en su conjunto, vemos en él tan claramente que podemos, como en la geografía de un paisaje bajo la luna, cambiar la figura detrás de la lente de un inasequible y poderoso telescopio. No hay en nuestra literatura nada parecido.

Pero Poe había tirado de las barbas a Longfellow y convertido a Channing en el hazmerreir de la gente. Por tanto, la emboscada inquina de Nueva Inglaterra se opuso a la aceptación de su crítica. Hay una anécdota en el libro de William Dean Holmes, *Literary Friends and Acquaintance*, que muestra tanto la reacción de Nueva Inglaterra como la influencia de su actitud en otros. Howells fué a Boston por vez primera cuando tenía veintitrés años para visitar a Emerson en Concord. Hacía un decenio que Poe estaba muerto.

«Después de la comida (dice Howells) caminamos un rato por el *boscoso jardín* (de Emerson) y en seguida volvimos a la biblioteca donde yo sólo pensaba permanecer hasta encontrar un instante oportuno para retirarme. Pero él me hacía preguntas acerca de lo que había visto de Concord y con quién me había encontrado fuera de Hawthorne. Cuando le nombré a Thoreau, me preguntó si conocía los poemas de William Ellery Channing... y como le contestara sinceramente que sólo por la crítica de Poe... Emerson me preguntó: —¿La crítica de quién?— De Poe,—repetí.—¡Oh!, exclamó después de un momento y como tras larga búsqueda de lo que yo quería decirle: —*Usted se refiere al hombre de los cascabeles*. No sé por qué esta salida me confundió tanto; no creo que de haber escrito yo mismo esa crítica lo hubiera estado más que en aquel momento. Quizá sentí el filo de un reproche o censura

en esa caracterización de Poe con la que de seguro el mundo no estará de acuerdo, aunque yo tampoco comparto su admiración por él. De cualquier modo, aquello me dejó cortado y permanecí en estado de semiausencia mientras Emerson me preguntaba qué había escrito yo en el *Atlantic Monthly*.»

Verdad que Poe no admiró mucho a Emerson y que más bien se refiere a él en forma insolente en *A. Chapter of Autobiography*; y que Channing era una especie de discípulo y protegido de Emerson; pero su opinión privada sobre Channing no difería gran cosa de la de Poe como puede verse por la siguiente anotación de su diario en 1855:

«La poesía de Ellery Channing tiene el mérito de ser genuina sin los lugares comunes versificados de las revistas; pero es desgraciadamente incompleta. No es leal con el lector y no se avergüenza de su desaliño y desparpajo. Channing en vez de pasarse toda la noche buscando la rima verdadera pone la que le sale al paso; de ahí que sea tan pueril e insatisfactoria»

El prejuicio de Nueva Inglaterra contra Poe apoyábase en la mala reputación que le había hecho la mendaz biografía de Griswold. No hace mucho tiempo que Hadley, presidente de la Universidad de Yale, justificó el rechazo del retrato de Poe en la galería de los inmortales, fundándose en que «escribía como ebrio ese hombre que no acostumbraba a pagar sus deudas»; y en 1941 el profesor A. H. Quinn demostró con la publicación de las cartas originales de Poe hasta qué punto Griswold había llegado en su falsificación.

A menudo se nos ha dicho que la crítica de Poe era malévola, pretenciosa y además viciada por la aceptación que Poe había hecho del sentimental mal gusto de su época. En cuanto a los dos primeros cargos, debemos admitir que efectivamente tales ensayos nos deparan algunos momentos desagradables; que no carecen de asperezas y de rugosidades; que son neuróticos como el total de la obra de Poe; sus distorsiones a veces nos sacuden de modo muy diferente que las de sus cuentos, porque aquí se trata de un juicio mientras que allí la distorsión constituye la misma trama. Es cierto, por otra parte, que, al decir de Joseph Wood Krutch, hay en la crítica de Poe la misma obsesionante crueldad que inspira sus cuentos de horror. Sin embargo, en su crítica Poe ha tratado de contenerse aun a costa de producir con ello un efecto de inconsistencia, tanto en el tono como en el juicio. Así por ejemplo, cuando empieza diciéndonos que algunos pasajes de la obra que analiza

pueden considerarse entre lo mejor que se ha escrito sobre el tema y a continuación desmenuza al poeta tráficamente, con toda calma, a lo largo de muchas páginas. Es verdad que Poe pretende a veces también hacernos creer o por lo menos suponer, que ha leído cosas que no ha leído. Tratándose de Poe, es preciso tener en cuenta siempre la psicología del simulador.

Poe, hijo de una hermosa actriz que murió cuando él tenía dos años de edad, fué adoptado por un comerciante escocés de Richmond y criado como un caballero del Sur para ser más tarde abandonado sin profesión y sin recursos al final del primer año de estudios superiores. Su padre adoptivo no hizo entonces frente ni siquiera a los gastos más indispensables, de modo que Poe sólo pudo juntarse, según sus propias palabras, «con estudiantes que estaban en situación parecida a la mía». Poe se resintió para siempre a causa de no ser hijo de Allan y de saber que la sociedad en que él se criaba tenía por descartados a sus verdaderos padres. Y de pronto aun se ve privado de su papel de joven y opulento caballero del Sur, con la perspectiva de una rica herencia, para no ser más que un hombre pobre sin recursos y obligado a sobrevivir en la American Grub Street. Poe confió luego en su habilidad personal, y los informes del English School y de la Universidad de Virginia, demuestran que fué un alumno sobresaliente. Pero sus estudios abortaron al mismo tiempo que su carrera social. Una sombra de la incertidumbre del «caballero» se comunicó al «estudiante». Tal vez con ser su inteligencia de primer orden existía en él algo de actor que goza de representar un papel.

Fuera de la conciencia que tenía de ser un simulador, con su habitual secuela de reservas, había en Poe un positivo entusiasmo por los criptogramas, junto a su interés por inventar y resolver crímenes y su complacencia para tramar y denunciar supercherías. Si a veces Poe recurre a trucos para engañar al lector sobre lo que ha escrito o leído, esta impostura es tan gratuita, inocente y sin importancia como los seudónimos y disfraces de que se vale Stendhal en su afán de pasear a las señoras provincianas por París e informarlas erróneamente acerca de los monumentos públicos. Y a esto hay que añadir la manía verdaderamente molesta de Poe de acusar a sus contemporáneos de plagiarios. Es un recurso desagradable que acostumbra blandir cuando se trata de préstamos o ecos por lo general inofensivos, aunque más o menos despreciables. Poe mismo era reo en ese sentido por haber imitado a Chivers, un

eco igualmente inofensivo. Pero esto asimismo tiene que ver con su simulación.

En cuanto al cargo de aquiescencia hecho a Poe por su aceptación del pésimo gusto de su época, es un cargo que apenas se merece. Con más frecuencia estaba contra ese gusto, como en el caso de Fitz-Greene Halleck; y en cuanto a su excesivo entusiasmo por poetas como la señora Osgood, puede atribuirse a las mismas causas que motivan los elogios de Bernard Shaw a las comedias de Henry Arthur Jones: el escritor que es potencialmente un maestro atribuye al escritor de segundo orden un reflejo de lo que él mismo desearía hacer, cosa que nadie ve hasta que lo revela el maestro.

Debemos reconocer estas desviaciones en la línea de Poe, pero no debemos considerarlo impedimento serio para la validez de su obra crítica. Poe leyó mucho y de lo mejor, y su cultura derivaba de un mundo mental y artístico apenas entrevisto por Longfellow, a pesar de su paciente y continua trasposición de la poesía de muchos países y épocas en términos de su propia insipidez, o por Lowell con esos espantosos títulos melifluos de sus ensayos literarios: «Las ventanas de mi estudio» «Entre mis libros». Lo cierto es que la América literaria desconfió siempre de esa superioridad de Poe que lo convirtió tan de prisa en una figura internacional.

Quizá fué un personaje difícil, aunque alguna gente se ha llevado muy bien con él; pero no hay cómo explicar la virulencia con que Griswold lo persiguió después de su muerte y la hostilidad general que le ha rodeado desde entonces, si no es porque puso en evidencia cuánto había de segunda mano en nuestra cultura. Cuando niños leímos «El escarabajo de oro» y «El crimen de la calle de la Morgue», y todo el mundo conoce «Annabel Lee» y «Ulalume», «Las campanas» y «El Cuervo». Pero Poe no es para nosotros como para los franceses una parte viva de nuestro acervo intelectual. Es raro que un escritor americano señale, como lo ha hecho una vez Waldo Frank, que Poe, antes que a la categoría de los hábiles narradores como O. Henry o S. S. Van Dine, pertenece por su singular personalidad a las grandes mentes investigadoras y versátiles del tipo de la de Goethe. De modo que vale la pena insistir sobre su valer. En la obscuridad de su confinamiento, Poe continúa siendo un príncipe.

SPINOZA Y LA NOCION DEL PROGRESO HUMANO

A LA elaboración de la idea del progreso humano Spinoza ha hecho una contribución personal que merece ser puesta de relieve.

Esta idea, como lo ha demostrado Gentile en su ensayo *Veritas filia temporis*, entra en la filosofía moderna (con Bacon, Galileo, Descartes, Pascal, etc.) a través de Giordano Bruno, que la enuncia en una página de su *Cena de las cenizas*. Pero es preciso agregar que posiblemente Bruno encontró la sugerencia y algunos elementos de tal idea en Aristóteles y Santo Tomás. Lo que hizo Bruno fué destacar más que sus antecesores, y que algunos de sus sucesores, el hecho de que el progreso espiritual no es sólo cuantitativo (vale decir, acrecentamiento de la cantidad de los conocimientos humanos), sino también cualitativo (es decir, intensificación y profundización de la capacidad intelectual). Y en la misma *Cena* y en el *Spaccio della bestia trionfante*, Bruno indica las causas motoras del doble avance. A saber: por un lado, la actividad mental espontánea, que se despliega como necesidad vital intrínseca del espíritu humano; y por el otro, la indigencia (*egestade*), que día a día estimula nuevos inventos desde las profundidades del intelecto del hombre.

Sin embargo, esta doble inquietud, despertada a un mismo tiempo por el aguijón interior y los estímulos exteriores, engendra el desarrollo progresivo del espíritu a cada paso nuevo como consecuencia de las condiciones alcanzadas anteriormente. La línea del desarrollo se sigue de la conversión incesante de los efectos en causas, de los resultados conseguidos en condiciones y fuerzas motoras de adelantos ulteriores. El principio de la causalidad eficiente domina y explica el avance progresivo. Pascal lo confirma en el prefacio de su *Traité du vide* al decir que «les effets du raisonnement augmentent sans cesse», lo cual evidencia que cada etapa del desarrollo histórico está considerada *a posteriori*, en su situación de efecto.

Ahora bien, Spinoza saca a luz una intuición que Bruno sólo ha vislumbrado imperfectamente. Cuando Bruno decía

en su *Spaccio*: «al nacer las dificultades despiertan siempre, día a día, mediante la indigencia, nuevos inventos de las profundidades del intelecto humano», mostraba haber intuido que el impulso motor actúa en cuanto que la mente humana, por la conciencia de la necesidad, es impelida hacia el fin de la satisfacción. Con esto el elemento de finalidad interviene en la explicación del proceso histórico, que empieza a ser considerado ya no sólo *post eventum*, como resultado o efecto, sino también *ante eventum*, como finalidad que despierta y dirige los esfuerzos humanos. Spinoza acentúa, pues, dicho punto de vista al llegar a la consideración del proceso histórico partiendo del planteamiento previo de una exigencia ética. Y así quien declaraba cualquier apelación a las causas finales como *asylum ignorantiae*, llega a reconocer la importancia de la finalidad en este terreno de la actividad consciente.

Spinoza reproduce el concepto estoico del *progressus*, como avance gradual hacia un término en pos del que se marcha mientras se fija en él la mira y el esfuerzo espiritual. Por tanto, Spinoza se propone a sí mismo y a los demás, como meta objetiva, un ideal de perfección. Hacia ese ideal de una naturaleza humana mucho más perfecta deben converger los esfuerzos constantes del hombre, no sólo para llegar a alcanzarlo individualmente, sino también para conducir hasta él a los demás en la mayor medida posible. De tal modo, partiendo de la existencia ética del individuo, la posibilidad del progreso implica dos condiciones: 1.º la concepción del modelo ideal; y 2.º la convergencia de todos los esfuerzos y las formas de la actividad espiritual humana hacia la realización progresiva del mismo.

«Ante todo hay que concebir el medio de curar y purificar la inteligencia, al comienzo en la medida en que se pueda, de modo que entienda bien las cosas, sin infiltración de error y de la mejor manera. Desde ya puede verse que quiero dirigir todas las ciencias hacia un solo objeto y término, es decir, el logro de la suma perfección humana mencionada... Para decirlo en una palabra, todos nuestros actos y pensamientos deben dirigirse conjuntamente hacia tal fin.» (*De intellectus emendatione*, en *Opera*, ed. Van Vloten et Land, 1921, t. I. págs. 3-4.)

De esta manera, en la determinación de la exigencia ética, aparece la importancia del progreso intelectual cognoscitivo: paso imprescindible para el perfeccionamiento moral, en cuanto que los hombres, para despertar en su interior el esfuerzo

hacia el fin, deben previamente alcanzar los tres resultados siguientes: intuición del fin, visión de los medios, capacidad de ponerlos en acción. Las tres condiciones están lógicamente situadas en el orden indicado, pues la capacidad de utilizar los medios supone el conocimiento de los mismos, y éste el conocimiento del fin. Por tanto, la realización del progreso social a que aspira Spinoza—mediante la reforma de la sociedad, a fin de que se permita la convergencia de los esfuerzos individuales, y por la reforma de la educación y el adelanto de las artes mecánicas y las ciencias higiénicas, que pueden contribuir al aumento del bienestar humano—parece subordinada total y lógicamente a la determinación previa y certera del verdadero fin de la vida humana. Y precisamente en este terreno de la indagación previa del fin se plantea con mayor evidencia el problema de la realización histórica concreta del progreso.

En efecto, la búsqueda del fin verdadero y su realización exigen la posesión del método verdadero, capaz de garantizar e inquirir la validez de las conclusiones alcanzadas por el intelecto humano. Al proponerse, pues, el logro de la verdad, la humanidad encuéntrase en el campo de la investigación cognoscitiva en las mismas condiciones que en el de la acción práctica cuando se propone realizar una obra ideada. Para adquirir el conocimiento verdadero le hace falta un método verdadero, así como para efectuar cualquier obra necesita instrumentos aptos para ese fin. De manera que parece plantearse aquí una dificultad insuperable, pues sin el conocimiento de la verdad no puede alcanzarse el método verdadero, y sin la posesión del método verdadero no puede alcanzarse la verdad. Lo mismo que, por otro lado, sin la realización del trabajo productor no hay creación de instrumentos y sin posesión de instrumentos no hay posibilidad de realización del trabajo.

Diríase, por tanto, perdidos en un proceso infinito: «para forjar el hierro se necesita un martillo y para tener el martillo es preciso hacerlo; para esto se necesita otro martillo y otros instrumentos y así hasta el infinito; de manera que alguien podría sostener en vano que los hombres no tienen ninguna posibilidad de forjar el hierro.»

Sin embargo, la realidad del proceso histórico ofrece la solución de la dificultad lógica, aparentemente insoluble; el hombre actúa, avanza, progresa. ¿Cómo? He aquí la intuición que Spinoza introduce en la concepción del progreso humano. «Como los hombres, en un principio, con los instru-

mentos innatos pudieron hacer aunque trabajosa e imperfectamente algunas cosas muy fáciles y después de realizar éstas hicieron otras más difíciles con menos trabajo y mayor perfección, pasando así gradualmente de las obras más sencillas a los instrumentos y de éstos a otras obras e instrumentos llegaron a realizar con poco trabajo tantas obras y tan difíciles, así también el intelecto por su fuerza congénita se forja instrumentos intelectuales por cuyo medio adquiere nuevas fuerzas para otras obras intelectuales, y gracias a estas obras adquiere otros instrumentos, vale decir, la capacidad de investigar más lejos y así avanzar gradualmente hasta alcanzar la cumbre de la sabiduría.» (*De Intell. enmend. cit.*, pág. 10.)

La realidad concreta del proceso histórico soluciona y supera de suyo el problema que parecía insoluble en su planteo abstracto. Lo soluciona mientras la actividad humana en su desarrollo realiza aquel tránsito de una a otra orilla, para el que parecía no existir puente. La humanidad no se plantea previamente el problema íntegro; no se propone el fin en toda su complejidad y dificultad; si así lo hiciera nunca encontraría salida del círculo o proceso infinito en que se hallaría encerrada. Sin embargo, la necesidad y aspiración que experimenta en un principio no son sino una afirmación embrionaria de lo que se desarrollará paulatinamente hasta llegar a la luz de la conciencia; y a esta conciencia embrionaria corresponde la limitación del fin, adecuado a las capacidades congénitas originales. Y la actividad humana desenvolviéndose alcanza un primer resultado; pero éste una vez cumplido se transforma en instrumento de nueva conciencia y capacidad para un fin ulterior, y por ende de nueva acción, productora de nuevos resultados.

El proceso histórico en su realidad concreta es proceso de transformación continua de los resultados en instrumentos y en planteo de nuevas exigencias. Vale decir, es un desarrollo progresivo de los medios que el hombre puede tener sucesivamente a su disposición para poner en marcha, y ante todo, del medio inicial, el mismo intelecto, que adquiere siempre nuevas energías y capacidades aseveradoras de nuevas exigencias, que plantean nuevos fines y crean nuevos medios materiales e intelectuales. El resultado se convierte en instrumento y el hombre productor se transforma continuamente en producto, que lejos de perder con esto su naturaleza y función de productor las acrecienta e intensifica, y se crea y forma sin cesar a sí mismo y a los medios y condiciones de su desarrollo ulterior.

Por este proceso histórico evidénciase la posibilidad del progreso científico y práctico y la reforma educativa y social anhelada por Spinoza.

El problema que se había planteado Spinoza es el mismo que dos siglos después se planteará Marx frente a la utopía de los reformadores sociales, que consideraban la reforma de la humanidad como reforma de la sociedad y de la educación; pero éstos o bien no se preguntaban cómo podría una humanidad no reformada reformar su mundo social y educacional (Helvetius, Owen, etc.) o bien cuando se lo preguntaban (Fichte), creían de su deber recurrir a una fantástica división de la humanidad en dos pueblos: el educador y el educando. Análogo el problema, análoga la solución que Marx indica en la realidad concreta del proceso histórico, definiendo como proceso de *subversión de la praxis* la conversión continua de los resultados en instrumentos y del productor en producto que luego se cambia en productor y crea las condiciones y los medios de su propia formación progresiva.

JUSTIFICACION DE UNA TAREA

«... América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur. Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa. América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora acontece allí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Mas como país del porvenir, América no nos interesa: pues, el filósofo no hace profecías. En el aspecto de la historia tenemos que habérnoslas con lo que ha sido y con lo que es. En filosofía empero, con aquello que no sólo ha sido y no sólo será, sino que es y es eterno: la razón: Y ello basta».

HEGEL: *Lecciones de filosofía de la historia.*

NO HACE mucho tiempo algunos amigos nuestros, interesados como nosotros en los problemas de la filosofía, hacían un balance sobre las corrientes filosóficas en Hispanoamérica. En este balance se mostraba cómo una de las corrientes se orientaba hacia la universalidad; mientras otra, abandonando la tradición de la auténtica filosofía, se entregaba a tareas de carácter limitado y por ende poco filosóficas. Una corriente perseguía fielmente la solución de los problemas de la gran temática que ha caracterizado a la filosofía desde sus orígenes. Otra, se planteaba problemas como el referente a las posibilidades de una filosofía americana; o bien se entregaba a la tarea de escribir una historia de las ideas de nuestros países. A la primera corriente se la calificaba de universalista, a la segunda de historicista. Pues bien, México era el país que encarnaba esta segunda corriente, al menos provisionalmente. Su historicismo, al parecer patente en varias de sus obras y publicaciones de carácter filosófico, era visto como una peligrosa desviación en el camino que conduce al auténtico filosofar.

Sin embargo, no creo que sea menester aclarar, aunque no está de más hacerlo, que no todos los estudiosos de la filosofía en México siguen la corriente filosófica indicada. Todo lo contrario, son muchos, quizás los más, los preocupados en seguir las corrientes de la filosofía universalista: Tomismo, Filosofía de los Valores, Filosofía Crítica, Fenomenología, etc. También en México se ha discutido suficientemente en torno

a estas dos actitudes. Y hay que agregar que esta preocupación, en torno a los problemas de una posible filosofía americana y a la historia de las ideas en Iberoamérica, se encuentra también en pensadores de otros países de nuestra América.

La filosofía, se dice, es algo universal y eterno. No se la puede someter a determinaciones geográficas y temporales. De acuerdo, ya el que esto escribe decía en otra ocasión: «Esta tarea de tipo universal y no simplemente americana, tendrá que ser el supremo afán de esta nuestra filosofía. Esta nuestra filosofía no debe limitarse a los problemas propiamente americanos, a los de su circunstancia, sino a los de esa circunstancia más amplia, en la cual estamos insertos como hombres que somos, llamada Humanidad. No basta querer alcanzar una verdad americana, sino tratar de alcanzar una verdad válida para todos los hombres, aunque de hecho no sea lograda. No hay que considerar lo americano como fin en sí, sino como límite de un fin más amplio. De aquí la razón por la cual todo intento de hacer filosofía americana con la sola pretensión de que sea americana, tendrá que fracasar. Hay que intentar hacer pura y simplemente Filosofía, que lo americano se dará por añadidura.»*

Ahora bien, lo primero que debemos preguntarnos es si en verdad hemos hecho o hacemos Filosofía, así sin más. Esto es, si los problemas que nos planteamos son verdaderos problemas, callejones sin salida, a los cuales queremos encontrar una solución. ¿Sentimos los problemas que nos planteamos como los filósofos clásicos han sentido los suyos? ¿Al plantearnos un problema nos jugamos en la solución de éste todo nuestro ser, tal como se lo han jugado todos los filósofos en sus soluciones? ¿Sentimos la filosofía, el afán de saber, en nuestra alma y en nuestra carne? O en otras palabras, ¿los problemas de nuestro filosofar son *nuestros* en la medida en que lo han sido de cada uno de los grandes maestros de la filosofía?

Los grandes filósofos, nos enseña la historia de la filosofía, se han puesto simplemente a filosofar, sin más. Esto es, se han puesto a resolver una serie de problemas que su circunstancia les iba planteando. Y han tratado de resolverlos de una vez y para siempre. Para ellos nunca fué problema la originalidad de sus soluciones. Simplemente filosofaban. Nunca un filósofo griego habló de una filosofía griega, ni un francés

(*) *En torno a una filosofía americana, México, 1942*

de una filosofía francesa, ni un alemán de una filosofía alemana. Su filosofar trasciende todas estas limitaciones espaciales y temporales. Lo griego, lo francés y lo alemán de la filosofía se ha dado por añadidura, sin que se haya pretendido; ya que esta pretensión habría sido un límite al afán de universalidad. ¿Por qué entonces los hispanoamericanos hablamos sobre la posibilidad de una filosofía a la que queremos considerar propia?

Nosotros al filosofar no lo hacemos con pureza. Esto es, no hacemos filosofía sin más. Nos preocupa la filosofía y no el filosofar. Para nosotros filosofar es reflexionar sobre lo reflexionado por otros o encuadrar nuestro pensamiento en los sistemas con los cuales nos encontramos. Más que filosofar lo que hacemos es exponer. Somos expositores y no filósofos. Esto es, nos conformamos con ser buenos profesores de filosofía. Los problemas de la filosofía son nuestros en la misma forma que lo pueden ser los problemas que se plantean en el teatro o en la pantalla de un cinematógrafo. Contemplamos la agonía del filósofo pero no agonizamos. Nos interesan sus problemas e inclusive pretendemos ayudarlo en su solución, pero no los *sentimos*. Simplemente nos interesan porque se los ha planteado como filósofo, porque consideramos que esto es filosofía. En cuanto un problema aparece fuera del cuadro de lo que estamos acostumbrados a llamar filosofía, lo desechamos por no poder considerarlo como filosófico. No filosofamos, lo que queremos es hacer filosofía o al menos eso que llamamos tal. La filosofía se nos convierte en letra muerta en forma sin sentido que simplemente repetimos. Nos hacemos «reflejo de ajena vida». Mientras el filósofo nunca se ha preocupado por hacer filosofía, sino por filosofar, nosotros nos preocupamos especialmente porque esta actividad nuestra, pueda llevar el nombre de filosofía. Nuestras discusiones no giran tanto en torno al problema de si estamos o no en el camino de la verdad, sino al problema de si somos filósofos o no. Si nuestro oponente no acepta los postulados del sistema que hemos adoptado, lo acusamos, no de que está en un error, sino de que no es filósofo. ¡Como si a los auténticos filósofos les hubiese importado alguna vez ser o no llamados filósofos! Pero si alguien nos pregunta qué es la filosofía, para que de acuerdo con ella podamos distinguir al filósofo del que no lo es, entonces nos entran los apuros porque la filosofía se nos presenta como siendo de diferentes maneras, ninguna de las cuales nos es propia, salvo que nos sumemos a alguna de ellas.

Si queremos hacer filosofía lo primero que tenemos que hacer es filosofar. Filosofar sin más, sin preocuparnos porque esta actividad nuestra sea o no reconocida como filosofía. No debemos empeñarnos en hacer filosofía sino en filosofar. Esto es, debemos empeñarnos en la solución de *nuestros* problemas como los filósofos se preocuparon siempre por la solución de los que les eran propios. No hay que olvidar que este serles propios nunca fué para ellos una limitación para considerar sus soluciones como universales y eternas. No debemos preocuparnos mucho por la universalidad o limitación de nuestras soluciones, ni tampoco por su eternidad o temporalidad. Simplemente deben preocuparnos por lo que deben ser: soluciones. Aspirar, eso sí, a que lleguen a ser soluciones de una vez y para siempre, pero conscientes de que esta aspiración, o pasión nuestra, es una pasión inútil.

Hablar sobre las posibilidades de una filosofía americana no tiene otro sentido que el hablar de la necesidad de que nosotros los americanos hagamos auténtica filosofía. Esto es, de la necesidad de que filosofemos en la misma forma como lo han hecho los filósofos. De la necesidad de que nos planteemos auténticos problemas y dejemos de ser eco y reflejo de las ajenas vidas, como diría Hegel. Problemas nuestros no sólo en la medida en que somos americanos, sino en la medida más universal en que somos hombres. Para un europeo no tendría sentido plantearse el problema sobre una filosofía europea, ya que éste hace filosofía sin más, aspirando en cada caso a encontrar lo universal. Para un americano, y muy especialmente un hispanoamericano sí tiene sentido plantearse este problema porque en realidad no hace auténtica filosofía. Los problemas que se plantea lo son sólo en un sentido profesional, académico, sólo porque se los ha planteado o se los plantea la filosofía europea. La tónica de los problemas que se plantea la filosofía europea es algo que le es propio; la nuestra es sólo reflejo de aquélla. No es que se quiera o se pida que no nos planteemos los mismos problemas, sino que, debemos planteárnoslos sólo en la medida en que también sean problemas para nosotros. De lo que se trata es no de ser racionalista simplemente porque está de moda el racionalismo ni de angustiarnos porque está de moda una filosofía de la angustia. Sino de ser racionalistas por el hecho de que sólo el racionalismo puede resolver nuestros problemas, o sentir verdaderamente la angustia.

Este es un problema estrictamente americano, porque sólo a nosotros los americanos nos ocurre que nos sintamos como *dependientes* de una cultura que no acabamos de sentir plenamente nuestra. La Cultura Europea es nuestro pasado, pero no hemos sido aún capaces de asimilar este pasado para hacerlo nuestro. La beatería frente a la Cultura Europea es el más claro signo de que esta cultura no está aún asimilada. El europeo, que se sabe heredero de la gran tradición cultural de Occidente, no se siente amilanado frente a este pasado y es capaz de enfrentarse a él si se presenta como obstáculo para su futuro. El pasado está ahí, como pasado, como algo que le es propio en la medida que representa lo que ha sido. Pero ya el haber sido le garantiza que no tiene por qué volver a ser. A nosotros los americanos nos falta esta dimensión. Nuestro pasado está aquí siempre presente sin decidirse a ser un auténtico pasado.

Europa, ha mostrado muy bien Hegel, ha seguido siempre en su historia una lógica dialéctica. Se trata de un movimiento dialéctico en el cual toda superación es al mismo tiempo negación y conservación. Dentro de esta lógica negar no significa eliminar sino *asimilar*, esto es, *conservar*. Significa ser algo plenamente para no tener necesidad de volver a serlo. De aquí que el que asimila plenamente no sienta lo asimilado como algo ajeno, acaso estorbo y molesto. Lo asimilado forma parte de la experiencia que permite el seguir siendo. Este *haber sido* forma parte de la experiencia que permite el seguir siendo. El que asimila bien no tiene por qué volver a repetir las experiencias hechas. La conciencia histórica ofrece esta experiencia. La historia viene a ser la expresión objetiva de esta asimilación o negación dialéctica. Esta es la historia de Europa, la historia del hombre europeo, la historia que ha perseguido Hegel. Esta es también la historia que América debe negar dialécticamente. Sólo asimilando plenamente esta historia podrá hacer lo que pide el filósofo alemán a la América para que deje de ser algo más que un «país del porvenir», sólo en esta forma podrá apartarse «del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal», para iniciar la propia.

Esto es precisamente lo que nos ha faltado a nosotros los americanos, y muy especialmente a los hispanoamericanos: conciencia histórica. Esta falta de conciencia histórica nos ha hecho adoptar una *lógica formal* en lugar de una *lógica dialéctica*. En vez de adoptar una lógica asimilativa adoptamos una lógica amputativa apoyada en el principio de no contra-

dicción. Una lógica en la cual la historia no tiene lugar. Partiendo de esta lógica no hemos hecho otra cosa que negar nuestra historia como algo contradictorio. El pasado nos ha ido presentando como lo negativo por excelencia, como algo contradictorio y que por lo mismo debe ser amputado. Todo el siglo XIX hispanoamericano no es otra cosa que un máximo esfuerzo por arrancarnos, desarraigarnos, un pasado que considerábamos como contradictorio con aquello que aspirábamos a ser en el futuro. A nuestro pasado achacamos todos nuestros defectos y creímos eliminarlos negándolo de acuerdo con una lógica formal. ¡El pasado o el futuro! fué el dilema tajante. Había que elegir, y una vez hecha la elección acabar violentamente con lo que no se hubiese elegido. ¡Civilización o Barbarie! daba a elegir Sarmiento. ¡Republicanism o Catholicism! gritaba Francisco Bilbao. ¡Democracia o absolutismo! ¡Liberalismo o Tiranía! ¡Federalismo o Centralismo! ¡América o Europa! ¡Estados Unidos o Roma! Tales son las violentas disyuntivas que se plantean en todo nuestro pasado siglo. Nada de asimilaciones, ninguna dialéctica. Era necesario afirmar una cosa negando hasta la destrucción la otra. Ninguna conciliación, sólo una guerra a muerte entre hermanos.

Pero en vano se quiso exterminar nuestro pasado. Este se hizo siempre patente. Los liberales actuaron como tiranos, los civilizados como bárbaros, los federalistas como centralistas y los republicanos resultaron tan dogmáticos como los católicos. Pese a todos nuestros esfuerzos los hispanoamericanos continuamos siendo aquello que inútilmente tratábamos de amputar. El pasado siguió vivo, presente en todas las formas de nuestra vida. Así, con un futuro que nunca se realizaba y un pasado que no se decidía a ser tal, nos fuimos quedando sin historia. Nos faltó conciencia histórica.

Fué así como las viejas fuerzas del pasado, de las cuales creímos liberarnos hace más de un siglo, siguieron presentes. Y están presentes en una tan descarada manera que no ocultan sus más audaces pretensiones. Este ha sido el resultado de no haber sabido a tiempo asimilar el pasado, de no haber sabido negarlo en una forma dialéctica. Así, mientras en Europa se discute ahora cuál ha de ser su futuro, Hispanoamérica tiene aún que defender su presente frente a un pasado que se le sigue entrentando. En nuestros días tenemos aún que defender formas políticas como el liberalismo frente a un conservantismo de carácter colonial. En México aun tenemos que defender el movimiento de Reforma del que fué paladín

Benito Juárez; en igual forma en la Argentina se tiene aún que defender a Sarmiento para no volver a las «mazorcas» de Rosas. Sólo en pueblos como los nuestros en donde el pasado es todavía un presente se puede discutir, como se discute, la posibilidad de volver a formas políticas como las de la Colonia. Sólo pueblos que no han asimilado su historia pueden sentirse amenazados por su pasado.

De aquí la urgencia de esta asimilación. Tenemos que hacer de nuestro pasado algo que por haber sido no tiene por qué volver a ser. Tenemos que hacer de él algo nuestro en la medida que ha sido una experiencia. Esto es, tenemos que hacernos conscientes de él. Y la mejor manera de tomar conciencia del pasado es historiándolo. Si no queremos repetir la experiencia de nuestro pasado viviéndola como algo presente; es menester que vivamos esta experiencia como historia. Tal es lo que ha hecho siempre Europa; ésta es la mejor lección que debemos aprender de su cultura. Esta ha sido la tarea de sus filósofos e historiadores. Su historia no la forman los puros hechos sino la conciencia de ellos. Esto es lo que aun no hemos realizado, lo que nos reprochaba el viejo Hegel. Es ésta una tarea de alta alcurnia filosófica si nos preocupa tanto hacer filosofía. Y es un problema de urgente resolución si lo que nos preocupa es filosofar.

Tenemos así una doble tarea: por un lado asimilar nuestro pasado en forma tal que sólo sea esto y no otra cosa. Por el otro tenemos que asimilarnos a la Cultura Occidental de la que somos legítimos hijos en forma tal que la sintamos verdaderamente nuestra. Es menester hacer de nuestro pasado y de la Cultura Europea algo tan nuestro que en vez de que sean un obstáculo nos sirvan de estímulo para realizar nuestro propio futuro.

DEL IDIOMA Y LA RAZA

TESTIMONIOS ANTICOLONIALES

HACE justamente un siglo, en 1849, don Andrés Bello, el sabio impugnador de Sarmiento al comienzo de aquella famosa polémica con sus discípulos, reaccionaba en la *Revista de Santiago* «contra el espíritu de rutina i las reminiscencias del réjimen colonial, encastilladas todavía en nuestra literatura, como en su último atrincheramiento», con estas mismas textuales palabras.

El genial argentino había llegado, en *El Mercurio*, siete años antes, a igual conclusión. Como que dice allí al segundo de sus contrincantes anónimos: «Es, pues, un sentimiento colonial el que envuelto en el ropaje del patriotismo, ha hecho al *Otro Quídam* atufarse tanto con la lectura de nuestro último artículo sobre idioma.» Esto, a poco de tachar el problema de raza y fe, implícito en aquél de: «¡Preocupaciones en que nos crió el réjimen colonial odiando a todo lo que no era español i despótico i católico!»

Varios decenios más tarde Martí establece un nexo no menos directo entre la independencia espiritual y la política. En elogio del primer humanista del Plata, Juan María Gutiérrez, que rechazó el diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española, deja caer esta frase incisiva: «Gutiérrez, para no ser traidor, no quiso ser académico.» Y en una correspondencia titulada, *Guerra literaria*, después de puntualizar ante Bartolito Mitre y Vedia: «que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos...» denuncia enérgicamente que: «Nombramientos y cortesías de allende están sacando a nuestra gente ilustre de su camino natural y honrado.» Para concluir en forma que revela cómo lo monstruoso no cabía en su imaginación: «¡Bueno es que, como los españoles de España, admiremos a la Alhambra, sin traer por eso otra vez a los moros!»

Los moros vienen a ser aquí, entonces, los recalitrantes godos de dentro y fuera, empeñados en conservar siquiera la

fachada retórica del antiguo Imperio! ¡Amos del idioma como último privilegio!

Al término de la revolución libertadora en Cuba — ese postrer episodio del movimiento de la Independencia en el nuevo mundo — el espíritu americano tantas veces puesto de manifiesto de un extremo al otro del continente, ábrese al fin paso hacia todos los rumbos. Así Rubén Darío escribe a propósito de Leopoldo Lugones en 1896:

«Los poetas nuevos americanos de idioma castellano, hemos tenido que pasar rápidamente de la independencia mental de España y los antiguos poetas españoles, antes nuestros, a un Parnaso apenas iniciado y cuyo principal representante ha sido Gutiérrez Nájera; y luego a la corriente cerebral que hoy une en todo el mundo a señalados grupos que forman el culto y la vida de un arte cosmopolita y universal. Lugones pertenece a ese cuerpo cuyos miembros se reconocen y se ligan al través de las distancias y de las lenguas, y cuya principal gloria es el ser abominados, desconocidos, temidos o desdenados por la crítica normal e invariable de los tullidos estilicistas y pedagogos de casilla.»

Por su parte, Lugones, en esa magnífica oración que pronuncia en la muerte de Darío, veinte años después, muestra del siguiente modo cuál era entre nosotros el estado poético anterior al advenimiento del maestro de *Prosas Profanas* y de *Cantos de vida y esperanza*:

«Solamente para el idioma que es la más noble de las funciones humanas, no había existido emancipación. El falso purismo de la Academia, la belleza formulada en recetas de curandero, la parálisis rítmica, la indigencia de la rima, el verso blanco, la licencia poética, la abundancia declamatoria: todos esos accidentes que no son sino justificaciones de la ignorancia y autorizaciones de la mediocridad, constituían nuestro código, o mejor dicho *codex* en materia de idioma. Imitar, imitar siempre a los clásicos inimitables era la prescripción. Ser como los muertos en un mundo de vivos...»

Sin embargo, ahora se pretende hacer pasar a Rubén, como le llaman familiarmente los castizos snobs de uno y otro lado del océano, por un clasicón de los tantos. Quien cantó en versos memorables: *De las epidemias de horribles blasfemias / de las Academias, / ¡libranos, señor...* es incorporado a ellas y hasta declarado clásico español... El venerable maestro Sanín Cano, autoridad digna de ser tenida en cuenta, dice: «La formación clásica de Darío hace sonreír» y agrega:

«su mérito, al contrario, es el de innovador en su lengua, no mediante el estudio o la imitación de los moldes españoles o antiguos, sino en obediencia a la fascinación que ejercieron sobre su espíritu los poetas franceses de ese bello momento de rebeldía».

Testimonios igualmente valiosos y atendibles en sentido más general sobre idioma y raza, ofrécelos la obra crítica: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (BABEL, 1925), de Pedro Henríquez Ureña, y el volumen titulado *Los dos caminos*, de la serie, *Simpatías y diferencias*, de su amigo y cofrade de toda la vida, en México y Buenos Aires, Alfonso Reyes.

El primero, aludiendo a los colores de la bandera monárquica española, hoy restaurada por el perjuro y traidor Francisco Franco, afirma:

«No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda.»

Y el segundo, con el fino humor que lo caracteriza, no se queda corto en la enumeración de las demasías metafóricas de lo que hoy se llama la hispanidad. He aquí el recuento espectacular que hace Alfonso Reyes:

«¡Oh cuánto, cuánto se ha abusado en materia de hispano-americanismo militante! Se ha abusado de la Historia, abominando de la emancipación y asegurando que América sueña con entregarse otra vez en brazos de España. Se ha abusado de la Geografía, insistiendo — para sacar no sé qué consecuencias vergonzosas — en la fragosidad de las sierras americanas, en el fuego tropical, en los ardientes volcanes, en las selvas vírgenes, la hamaca y el abanico de palma. Se ha abusado de la Zoología con todo aquello del león y los cachorros, y con los del consabido pelícano que se arranca las entrañas para alimentar a su cría. Se ha abusado de la Fisiología, acudiendo una y otra vez a la imagen de la madre que agota sus senos amamantando al hijo, o preguntándose, como en cierta canción de Pastora Imperio, si la sangre que corre por nuestras venas será la de Carmen la Cigarrera. Se ha abusado de la Fisiología, repitiendo con el poeta: — *Entre tus dones heredé tu lengua, / y nunca la usaré para insultarte*, siendo así que la comunidad de la lengua es condición propicia al insulto y que, en efecto, durante el siglo XIX, España y América han man-

tenido una activa y solícita correspondencia de insultos, como es doloroso reconocer. Se ha abusado de la Biblia, diciendo que América es el Hijo Pródigo, o que España es la misma encarnación del Eclesiastés... Y no se ha dicho a todo esto, lo único que había que decir: que América es muy distinta de España, pero que en la tierra es lo que más se parece a España; que donde todos hablan ya en francés o en inglés, sólo nosotros nos hemos quedado hablando español.»

Remontándose hasta los primitivos descubridores, otro escritor mexicano, Carlos Pereyra, sostiene que «la Independencia nació con la Conquista» y hace notar «que tuvo expresión en una literatura de valor universal como los mismos hechos que narra», en un artículo aparecido en la revista *Orientaciones* de Madrid, que también quiero transcribir en extenso:

«Las conquistas de América se consumaron por hombres salidos de España, pero que todo lo aprendieron en América. Las expediciones más brillantes de la Península fracasaron, y de su dispersión salieron las distintas fundaciones. Así Cortés pudo escribir a Carlos V que todas sus empresas se habían concluido (sin ser ayudado en cosa alguna, antes muy estorbado). Vasco Núñez de Balboa fué al Istmo escondiéndose en una embarcación. Ojeda, Pizarro, Almagro, Valdivia, Martínez de Irala, Soto, Belalcázar, Jiménez de Quesada, en América arbitraron los recursos que les permitieron hacer las travesías marítimas y continentales, las guerras y las fundaciones. El pan cazabe, el maíz, los cerdos y los caballos de las estancias antillanas e ístmicas formaron la base económica de las conquistas. Buenos Aires nació de una generación de esfuerzos paraguayos. El Perú se conquistó desde Panamá, y las poblaciones chilenas de Valdivia fueron hijas del Perú. El indio proporcionó las tropas de todas las expediciones. ¿Cómo no pueden ser americanos estos hombres? Cortés cumplió los veinte años en la Isla Española, y cuando salió de Cuba para ir a México, ya nada tenía de español peninsular, sino el acento de sus padres. Pedro Cieza de León era un niño de trece años cuando empezó los estudios en la Universidad Libre del Atlántico. Lo mismo Juan de Castellanos, cuyo nacimiento en Alanís fué sorpresa histórica, pues todo el mundo lo creía neogranadino. Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar eran adolescentes. Bernal Díaz del Castillo no llegaba a los veinte años cuando se embarcó. ... Si Martínez de Irala era ya un hombre macizo, y Pedro de Valdivia había

militado en Italia, esto no les impidió eliminar todo lo que en su formación fuera incompatible con las nuevas condiciones. Martínez de Irala tuvo tanto de paraguayo como Solano López; y Valdivia era un chileno de pies a cabeza.»

Este mismo entoque histórico aparece literariamente confirmado en un trabajo de don Federico de Onís, leído en el Tercer Congreso de catedráticos de literatura iberoamericana, cuyo texto insertamos en el número 29 de BABEL. El tema de dicho trabajo, *La eternidad de España en América*, le fué asignado al profesor de Onís por una junta de aquellos catedráticos, según se infiere de sus propias palabras iniciales:

«Si yo hubiera tenido que elegir el tema de mi disertación —dice—, seguramente no se me hubiera ocurrido éste, porque mi atención constante al estudio de la literatura americana ha sido guiada por la idea de la originalidad esencial de la cultura de este continente. Hubiera escogido por lo tanto un tema en el que esta convicción se buscara, no por el camino negativo de la relación de América con otras realidades históricas, sino por el de la afirmación de los valores absolutos y exclusivos que constituyen su originalidad.»

Pero aun con pie forzado, el genuino director de la *Revista Hispánica Moderna* no deja de decirles a sus numerosos admiradores más o menos hispanizados:

«El españolismo de América no hay que buscarlo en la conservación o supervivencia de cosas idénticas del pasado común, ni menos en la expresión del querer unos americanos ser españoles y otros no. Abundan los ejemplos de ambas clases y es evidente que la diferencia de actitud en su querer no tiene nada que ver con la realidad de su manera de ser. Muchos de los más antiespañoles, como Sarmiento o Lugones, son típicamente españoles por su psicología y su estilo, mientras que otros muy españolistas, como Larreta o Ugarte, se caracterizan por su afrenchamiento.»

Claro que ni Sarmiento ni Lugones fueron antiespañoles en sentido estricto, sino más bien anticoloniales. Enemigos del colonialismo.

En *El imperio jesuítico* y en *El payador*, en su *Historia de Sarmiento* y en varias comunicaciones breves, como *A los republicanos españoles* y *El gran equívoco*, Lugones — que a pesar de su militarismo de última hora, no quiso formar parte ni siquiera de la Academia Argentina de Letras — deja un reguero de testimonios anticoloniales que lo proclaman moderno campeón de nuestra independencia espiritual. Y no sólo en cuanto

al idioma, como ya vimos, sino también a la raza, según puede apreciarse por algunos conceptos de su ensayo *El gran equívoco*, que copio a continuación:

«Declarar que un país en formación, mediante la concurrencia de «todos los hombres del mundo», invitados por él mismo, pertenece a la raza de otro, sólo porque éste fué su primer poblador, y celebrarlo como una excelencia, es un acto de vasallaje, una ofensa a los compatriotas de distinto origen, así puestos en condición inferior; y un estado de ánimo extranjero, porque significa en puridad el reconocimiento de una metrópoli. Tan indudablemente, que los mismos *racistas* designan a España con la fórmula colonial de *Madre Patria*. El español no es mejor que otros muchos; y su desempeño en esta tierra, cuando ella perteneció a su rey, fué tan intolerable que nuestros padres hubieron de expulsarlo a la fuerza. Basta atenderse a la letra del Himno Nacional y al juicio de hombres tan rectos como Rivadavia y San Martín, que fueron hijos de españoles. No hay, pues, motivo de predilección, ni tenemos cómo declararnos de una raza que hasta hoy mismo no ha logrado su unidad; puesto que en su propio territorio, la rechazan colectividades tan importantes como la catalana y la vascongada... Cualquiera argentino que sea de pura sangre española, como yo, se sentirá mucho más próximo a otro argentino hijo de ingleses, alemanes, italianos o rusos que a un español de España. Este es otro hecho capital, excluyente de la raza cuyo elogio inspira tanto discurso floribundo. Es que esos oradores tratan en vano de quitar a la emancipación su profunda trascendencia.»

Cuando Lugones escribió estas palabras, veinticinco años ha, después que se instituyera en Buenos Aires el «Día de la Raza» por un decreto del Presidente Irigoyen — sibilino, como todos los suyos — el racismo alemán no había encontrado el trágico eco que luego despertó en todas partes. Pero se dijera que, como poeta, Lugones lo había presentido, pues en una réplica sobre dicho tema, precisamente, al periodista vizcaíno, José María Salaverría, exclama indignado: «¡Basta ya de majadería hispanoamericana, latinoamericana, indoamericana y demás voces de charnela que expresan su artificio en su propia invertebración.»

El escándalo en torno a cierta proclama titulada, «Madrid, meridiano espiritual de Hispanoamérica» que promoviera, poco antes, otro periodista español, menos notorio, aunque más vocinglero, puede considerarse, hoy que sus contendores menos

discretos intercambian zalemas por cuenta de Perón y Franco, un episodio ridículo. El viejo Unamuno fué quien dió en el clavo al recordar entonces a todos el «Lloremos y traduzcamos» de Larra, y decir que Madrid era sólo el meridiano de la traducción... Una aduana intelectual, como vió muy bien Sarmiento.

Hasta Ortega y Gasset, enemigo de nuestra «angosta» mente americana, juzga una «bobería» esa idea del meridiano madrileño. En *La redención de las provincias*, dice que «Madrid no ha poseído jamás una cultura creadora. A fuer de capital de España, se ha ido claro está, cultivando, es decir, ha aprendido del extranjero un mínimum de cosas malamente asimiladas. Esta cultura adquirida—y no creada en abundancia de hontanar— esta cisterna de cultura le viene muy justa a Madrid para sus necesidades de urbe, para sostener la estricta dignidad de una capital. Pensar en que haya podido nunca irradiar su espíritu es bobería.»

Por último, al margen de un oportuno discurso que pronuncia en el Ateneo de Madrid, el sociólogo cubano Fernando Ortiz, tercia en este debate de la desinteligencia étnica, el ensayista español Benjamín Jarnés con una formidable requisitoria en la Revista de avance, 1929, de La Habana, bajo el título de *Raza, grillete*. Incluida por Jarnés en sus *Cartas del Ebro*, un decenio más tarde, ya en su destierro de México, no vacilo en extractar una página entera de su texto insuperable a reglón seguido:

«El concepto de *raza* se nutre de cadáveres. Por eso, precisamente, lo defiende el hombre de las cavernas. El concepto de *raza* se nutre de materiales históricos casi siempre en derribo, no de sustancias vivas. Por eso lo defienden—en primer término— los que viven, y se limitan a vivir, de lo heredado. Los hijos de *buena familia*. Que en vez de negociar sus talentos, los entierran. Y plantan encima esas *flores naturales* de falsa poesía, regadas opulentamente por la inagotable cretinidad. La raza está ahí, detrás de nosotros, sujetándonos el pie. Como nos lo sujetan todas las fuerzas oscuras de la vida. Esta o la otra raza no puede ser para dos pueblos una gloria común: la raza es un grillete. Remar juntos, haber remado juntos.— en una galera, en una cuna — no puede conducir a nada que no sea embriagarse también juntos, al llegar al puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquellos que desdeñan— que temen— el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica

docilidad del corazón. Ni España ni América, si pretenden vivir armónicamente la vida de la inteligencia — única posible entre ambas —, se pueden contentar con hincarse de hinojos ante un tálamo común, muy discutible, además, después de tanto injerto... Entre América y España — ¿por qué no ahincarse bien en esto la atención? — sólo puede existir ya un *amor platónico*. Es decir, esencialmente comprensivo y alto. Cultura es eso, no cierta capacidad de exhumación de registros civiles, no cierta sed pertinaz de seguir excavando. Agilidad para instalarse en el rico mundo espiritual de hoy, para atisbar el mundo de mañana, no para remedar a la mujer de Lot. Y la cuna — la *raza* — es cierta voz doliente que invita al retroceso. La cuna, como todo lo que despierta emociones impregnadas de animalidad, es la raíz de todas las incomprensiones, porque lo es de todos los partidismos, de todos los odios. Este concepto uterino del hispanoamericanismo sólo puede ser aprovechable por el fosilizado cultivador de la España tradicional, por ese acartonado filisteo que lleva los ojos en la nuca... Creo más útil movilizar los ímpetus de este resto de lo que pudiéramos llamar *emoción hispanoamericana*, hacia la forja de hechos nuevos. De nueva historia. Lo demás sería algo así como pasarnos la vida demostrando la autenticidad de nuestros apellidos. Siempre creí que no podremos llamarnos verdaderamente cultos, mientras nuestro primer impulso, al sentir nuestra existencia, no sea avergonzarnos de algún antepasado. O de todos.»

Llegada la segunda República Española, que se veía venir a pasos de gigante, no bien perdiera la gracia de su rey el graciosísimo dictador Primo de Rivera, la carnavalesca cuestión de la *raza* experimenta un cambio no menos fundamental. Como España entra de nuevo a crear historia, sus hombres representativos no tienen ya necesidad de aferrarse parásitamente al pasado y exaltarlo dentro y fuera de sus límites. Al contrario, a fin de ganar el tiempo perdido, se disponen a labrarle a la República un presente digno de aquél.

Por tanto, las relaciones espirituales entre América y España devienen más claras y armoniosas. En lo literario, por ejemplo, la influencia de García Lorca extiéndese por todos nuestros países, mientras la de Neruda se abre camino en España con más facilidad que la de Darío al expirar el siglo anterior.

Con el número de las escuelas se multiplica el de las bibliotecas y teatros populares. Un verdadero renacimiento en todos los órdenes de la vida española tiene lugar. De ahí que sean tantos los jóvenes del nuevo mundo que se sienten atraídos por la joven República.

Pero esta pascua de resurrección apenas dura un lustro. Tras el bienio negro de Lerroux y Gil Robles, España es crucificada otra vez por las fuerzas cavernarias cuando éstas se ven definitivamente derrotadas por el pueblo. El Vaticano que tiene su modelo en la dictadura clerical portuguesa trama con los generales rifeños algo parecido para España, en complicidad con Hitler y Mussolini. La guerra civil estalla. De parte del pueblo y de sus mejores poetas — Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe — se manifiesta unánime la juventud americana. De parte de la Iglesia y los militares se ponen los gobiernos filiales surgidos de cuartelazos y pronunciamientos.

Una vez dominada la resistencia republicana en dos años y medio de lucha desigual, los títeres de Hitler y Mussolini empiezan a clamar por boca de ganso sus bravatas imperialistas: «Exigimos las tierras descubiertas y conquistadas por nuestros conquistadores y que nuestros misioneros bautizaron con claros nombres españoles que los piratas no saben pronunciar.» Aquí, naturalmente, les hacen coro cuantos sueñan reintegrarse al coloniaje para obtener títulos y prebendas, además de los nazis de toda laya.

Claro que con el inesperado aplastamiento de sus amos extranjeros, hasta el propio caudillísimo por la gracia de Dios, que había estampado en el libro de visitas del Archivo de Indias, en Sevilla: «Ante las reliquias de nuestro Imperio con la promesa de otro», vese obligado a meter violín en bolsa y hacerse demócrata-cristiano para que le perdonen la vida los piratas...

En cuanto a los pobres bachilleres ebrios de retórica, que antes atronaban los aires con su *voluntad de Imperio* y otras majaderías por el estilo tienen asimismo que variar de disco. Ahora esos angelitos sueñan con un imperio puramente espiritual. Porque — dicen los pícaros — : «Cuatro siglos de existencia — aunque la precocidad es acusada — no capacitan a ningún pueblo para empresas rectoras de cultura.» Para eso están ellos — Pemán, Sanchíz & Compañía — dispuestos a dejarse caer aquí como charlistas tantas veces como los dejemos y hasta llevarse a algunos indígenas amaestrados a la Penín-

sula, a costa del hambre y la miseria del sufrido pueblo español. Y como nunca faltan entre nosotros «esos sumisos y serviles trasamericanos en quienes el amor a lo tradicional y pintoresco puede más que el amor a lo humano y justo», según Martí — que añade aún cosas más duras para dichos «caballeros menores» — hacia la «madre patria» vuelan de cuando en cuando algunos oscuros renegados, a los gritos de ¡Arriba España! mientras más y más se rebajan ellos frente a la perspectiva de un diploma o una condecoración.

Pero no vale la pena detenerse a desenmascarar tales elementos. Ellos son el producto de la descomposición general del sentido de independencia y dignidad en el mundo contemporáneo; «de las reminiscencias del régimen colonial encastilladas todavía en nuestra literatura como en su último atrincheramiento», al decir de don Andrés Bello, inicialmente recordado en este artículo. Índice, más bien de testimonios de una resistencia secular ininterrumpida desde Sarmiento hasta Lugones, pasando por Martí, Darío, Sanín Cano y demás escritores anticoloniales.

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Lafín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número \$ 30 m/ch.
Suscripción a 4 números \$ 100 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,75 u/s,
Suscripción a 4 números 2,50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL, debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Un Comité de ayuda y protección a los demócratas españoles acaba de constituirse en París bajo la iniciativa de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos. Este Comité se propone, como única finalidad, ayudar a las víctimas de una injusticia histórica que se perpetúa gracias a la complicidad o el silencio de cuantos disponen de medios para hacerla terminar. Los hombres que forman este Comité se sienten en el deber de limitar, en la medida que de ellos depende, las consecuencias de esta injusticia. No pudiendo restaurar aún la libertad en España y con el fin de asegurar el porvenir de esta misma libertad, quieren cuando menos preservar las vidas españolas que la defienden. No planteamos aquí una cuestión de orden político, sino la solidaridad de los hombres libres. A estos hombres libres, sea cual fuere su ideología el Comité les llama a su lado con el fin de que se manifieste una fuerza internacional que ayude a preservar de las cárceles y del exilio cuanto pueda serlo de esta España, que es para nosotros, la verdadera España.

Firmados: André GIDE, Francois MAURIAC, Albert CAMUS, J. P. SARTRE, Remy ROURE, René CHAR, Ignazio SILONE, Carlo LEVI, Georges ALTMAN, Claude BOURDET, André BRETON, Georges ORWELL, Pablo CASALS, Fernand DEHOUSSE, Jef LAST, HENRIETTE ROLAND-HOLST y C. SCHILY

Adhesiones: F.E.D.I.P. Consejo Nacional, 51, r. Boulainvilliers, París-16°.

Colaboradores

ALBERT CAMUS.—Fué recientemente nuestro huésped durante unos días. Además de *La peste*, *Calígula*, *El estado de sitio*, *El malentendido*, obras todas traducidas a nuestro idioma, Camus es autor de *Lettres a un ami allemand*, *L'Étranger* y *Le mythe de Sisyphe*. En relación con el Prefacio que publicamos véase su carta a Gabriel Marcel, *Por qué España?*

JAMES ALDRIDGE.—Novelista australiano, aviador durante la segunda guerra mundial en los frentes de Italia y Rusia. En nuestro número 50 insertamos bajo el título de «Stalingrado» un episodio del mismo libro, *Oj Many Men*, traducido igualmente por Mauricio Amster.

GONZÁLEZ VERA.—«Casa de remates» pertenece al volumen autobiográfico, en marcha, del que ofrecimos en números anteriores: «Estudiantes del año veinte» (28); «Mis relaciones con la religión» (35); «En el Club de Setiembre» (37); «Aprendiz de barbero» (39); «Cuando era muchacho» (40); «Vuelapoco y otros» (42); «Patancha y el vegetariano» (43); «Maruri esq. de Cruz»; «En el Liceo» (46); «Las sastrerías» (47); y «Los anarquistas» (49).

JUVENCIO VALLE.—Poeta chileno de la generación de Neruda. Obra inicial: *Tratado del bosque*, *Primer libro de Margarita* y *Nimbo de piedra*. En BABEL ha publicado su *Cantar de los cantares* (N.º 27); y *Laurel a Pasionaria* (N.º 34).

SERGIO ATRIA.—Es autor de una *Antología de poesía chilena* y ha publicado en nuestro número 46 algunos recuerdos de su infancia bajo el título común de «Retablo», además de varias traducciones.

EDMUND WILSON.—Crítico norteamericano de sólida reputación. Véase en BABEL sus ensayos: «Humanismo socialista» (N.º 7); «Rol de Trotsky en la historia» (N.º 15-16); «Arte marxismo y literatura» (N.º 24); «Misión en Moscú» (N.º 27); y «Puliendo el lente» (N.º 44). Tradujo Catiucha.

RODOLFO MONDOLFO.—Ex-profesor de filosofía y de griego en la Universidad de Bolonia, hoy catedrático de la Universidad de Tucumán. Véase en números anteriores de BABEL: «Sobre la pena de muerte» (N.º 27); «¿Qué es el materialismo histórico?» (N.º 31); «La idea del progreso humano en Giordano Bruno» (N.º 39) y «Voluntarismo y pedagogía de la acción en Mazzini y en Marx» (N.º 44).

LEOPOLDO ZEA.—Mexicano, autor de una importante obra sobre la filosofía positivista en América. Su ensayo: «Justificación de una tarea» se publicó primeramente en la revista de Lima, *Las Moradas*, de donde lo tomamos para ofrecerlo a la discusión de nuestros lectores.

ENRIQUE ESPINOZA.—Acerca de la raza y del idioma véase en BABEL todo el número 6 y los siguientes artículos: «La hispanidad de América» de Alejandro Vallejo (N.º 47); «Sobre un fondo de factoría y de conquista», de Ezequiel Martínez Estrada y «Rumbos del espíritu» de B. Sanin Cano, en el número 41, además de «El borrón de la hispanidad», de Eugenio González (N.º 43).

Índice alfabético del vol. XII de Babel

(Números 49, 50, 51 y 52)

ALDRIDGE, James/Stalingrado.....	89
El interrogatorio.....	198
ATRIA, Sergio/Historia de Sabuesos.....	212
ARENDT, Hannah/En torno al Estado de Israel.....	82
BUJARIN, Nicolás/Discurso sobre Goethe.....	182
CAMUS, Albert/Prefacio a la España Libre.....	193
DIEZ, Laín/Una lección del 1.º de Mayo.....	121
La primera traducción del Fausto.....	154
ESPINOZA, Enrique/Conciencia poética de Antonio Machado.....	47
Patología de la renegación.....	124
Goethe y Heine.....	171
Del idioma y la raza.....	239
FRANCO, Luis/La otra faz de Horacio Quiroga.....	39
GIDE, André/Goethe en mi vida.....	144
GOETHE, J. W./Quinta elegía romana.....	138
GONZÁLEZ VERA/Los anarquistas.....	12
Marginales.....	117
Casa de remates.....	207
GUZMÁN, Euclides/Mapa vivo.....	81
HENRIQUEZ UREÑA, Pedro/El maestro de Cuba.....	71
MANN, Thomas/Demócrata y cristiano, sin embargo.....	131
MARX Y ENGELS/Sobre Goethe.....	178
MASUR, Gerhard/Goethe y Schiller.....	166
MATTICK, Paul/Obsesiones de Berlín.....	101
MILLAS, Jorge/La filosofía de la acción en el Fausto.....	139
MONCADA, Julio/Echo a caer aquí mi llanto.....	46

MONDOLFO, Rodolfo/Spinoza y la noción del progreso humano....	227
MONTENEGRO, Ernesto/Experiencia goethiana.....	151
PIOVENE, Guido/La Iglesia católica y el fascismo.....	106
QUIROGA, Horacio/Los hombres hambrientos.....	42
REYES, Alfonso/Epicedio.....	80
ROJAS, Manuel/Entrada a Chile.....	28
SCHWARTZMANN, Félix/Goethe y Spinoza.....	160
VALLE, Juvencio/Agua profunda.....	211
VARONA, Enrique José/Con el eslabón.....	76
WILSON, Edmund/Poe, crítico literario.....	222
WRIGHT, Richard/Norteamérica y Rusia.....	7
ZEA, Leopoldo/Justificación de una tarea.....	232



NUESTRO PROXIMO NUMERO ESTARA DEDICADO A

F R A N Z K A F K A

Colaboraciones nacionales y traducciones de: Claude-Edmonde Ma-
gny, Ernesto Montenegro, Thomas Mann, Jorge Luis Borges, Clement
Greenberg, E. Martínez Estrada, William Phillips y Enrique Espinoza.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Huérfanos 611 - Tel. 32065

CARLOS DE VIDTS Ltda.
Casilla 9795

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL
CONCEDEMOS CRÉDITOS
CONSULTE CONDICIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313

Teléfono 69649

Casilla 13324

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CULTURA

Huérfanos 1179

Teléfono 88830

Casilla 4130

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222

Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA UNIVERSITARIA

Alameda B. O'Higgins 1058

Teléfono 82453

OBRAS DE ARTE, CIENCIA,
FILOSOFÍA Y LITERATURA

TRABAJO Y ESTUDIO

LA UNIVERSIDAD POPULAR «VALENTÍN LETELIER» DEPENDIENTE DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE LE PROPORCIONA LA OPORTUNIDAD DE ESTUDIAR: ENSEÑANZA PRIMARIA, HUMANIDADES, COMERCIO, CURSOS TÉCNICOS
EXÁMENES VÁLIDOS

Horario diurno, vespertino y nocturno. Enseñanza oral y por correspondencia

Alameda 1058, piso 2,
ofic. 2 (de 9 a 1 y de 3 a 9)



NO NECESITA AZUCAR
NI HUEVOS

DISTRIBUIDORES

DUNCAN, FOX Y CIA. Ltda.

DR. S. TANNENBAUM B. LABORATORIO CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc., Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Úrico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completa, Sección completa de Bacteriología: Widal, Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31

Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago

CHAMPU BAYCOL

LIMPIA
Y CONSERVA

SU
CABELLERA

CULTURA Y NECESIDAD

En las naciones civilizadas se ha incorporado una nueva necesidad, la refrigeración, agente importantísimo para conservar los alimentos y proporcionar una nutrición sana, conforme a los postulados de la dietética.

Para llenar esta necesidad del progreso cultural en nuestro país, Sociedad Industrial Electer Ltda., ha montado una moderna industria de refrigeradores, que gracias a una acabada planificación técnica, permitirá proporcionar a cada hogar chileno, por modesto que sea, este verdadero servicio de utilidad pública.

SOCIEDAD INDUSTRIAL ELECTER Ltda.

Compañía 1068, Oficina 608

Cristal
Y U N G A Y

Créditos

ESTADO 167

Optica
MAIER
OPTICO AUTORIZADO

*se despachan
recetas de los médicos
oculistas*

Agustinas 853, entre
Estado y San Antonio

SANTIAGO
Tel. 31145 Casilla 4163

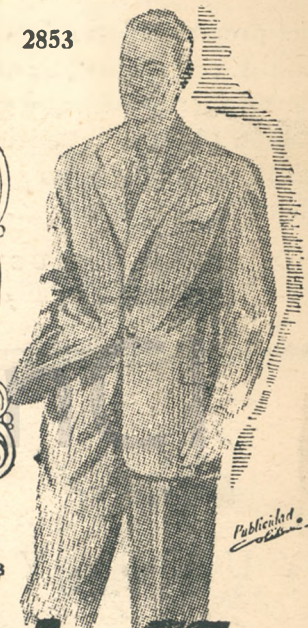
ROPAS
RUDDOFF

*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LESGILAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE/Sartor Resartus



ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 30 m/ch.